

extraordinarios favores de orden sobrenatural, les había librado también por vía de añadidura de un serio disgusto de orden temporal.

Tan dulcemente descifrado el enigma de la en un principio supuesta tempestad, pasaron tranquilos el resto de la tarde en aquel bendito lugar santificado por la presencia de la Corredentora del linaje humano.

Una exuberante alegría llenaba el alma y subía a los labios de los afortunados videntes. Jacinta, especialmente, incapaz de contener la emoción, interrumpía a la continua las palabras de sus compañeritos de dicha con esta expresión: ¡ay!, ¡qué linda Señora!, ¡qué linda Señora!

—Bueno, veremos si esta vez no cuentas a nadie lo ocurrido, le advirtió Lucía.

—No te preocupes. A nadie lo diré, ni a mi madre, ni a mi madre.

Lo mismo prometía resuelto y volvía a asegurar su hermanito.

Llegados a casa; mientras el ganado se colaba por la puerta del redil, se iban repitiendo y prometiendo, seguros de su mutismo, el uno al otro: ni a mi madre, ni a nadie, ni una sola palabra. Pero la Virgen no les ha prometido su asistencia para guardar este secreto, como se la dará para otros.

(1) En agosto se apareció dos veces, una para el público allí congregado el día 13, en ausencia de los pastorcitos, entonces encarcelados, y otra el 19 sólo para los niños, videntes de María.

(2) Al decir de muchos autores la Virgen dijo a Francisco que iría al cielo, pero a condición de rezar muchas partes de Rosario. Las palabras textuales de María, según Lucía, son estas: *Irá también; ese ainda ha de rezar as contas d'elle*, donde sólo se dice que tendrá que rezar las cuentas de él (del Rosario), no precisamente de muchos Rosarios.

(3) Si por fin hubiese de caer sobre nuestro tiempo el castigo de Dios de la guerra nuclear, que a lo que muchos creen, nada tiene de improbable, ¿no podría ser aquello un relativo fin del mundo, quizás para la mayor parte de los que actualmente en él moramos? ¿No podrían ser estas palabras de María un maternal y suave anuncio de nuestra Reina y Madre del mal que amenaza, al mundo de nuestros días? Nada perderemos y mucho podremos ganar en ajustar bien nuestras cuentas con Dios, a tenor del Mensaje que la celestial Madre nos irá dando en estas sucesivas Apariciones de Fátima, sin olvidar las de Pontevedra y Tuy, con que termina y corona toda esta serie de sus Revelaciones, llamadas de Fátima, como en el capítulo 45 en su lugar veremos, ni la primera hecha, a lo que parece, en Kolomesch (Rusia) a 13 de febrero de 1917, como veremos en el capítulo sexto.

FRUTOS PRIMERIZOS Y AGRIDULCES DE LA PRIMERA APARICION DE MARIA

Lucía y Francisco cumplieron fielmente la palabra de mantener en silencio el favor que del cielo acababan de recibir en la Cova de Iría, mientras les fue posible ocultarlo sin mentir, ni contradecir a Jacinta. Pero ésta ¿cómo iba a contener la alegría que le inundaba el alma, sin comunicarla siquiera a su madre? Ciertamente que había prometido no revelar a nadie tan fausto acontecimiento; pero ¿qué mal podía haber en manifestarlo a la que le dio la vida?

Su casa en aquel anochecer dominguero se veía muy animada. Allí estaban todos los hermanos, más un tío político, Antonio de Silva, que les había visitado. Sus padres estaban para llegar del mercado de Batalha, a donde habían ido a comprar un cerdito, con cuya matanza, unos meses más tarde, pudiera beneficiarse en algo su humilde economía doméstica. Las hermanas mayores estaban atareadas en la preparación de la cena a base de patatas, berzas y pan moreno.

En estas el ruido producido por el rodaje de un carro de mula anuncia a todos la llegada de las primeras autoridades familiares.

¿Cómo guardará ahora Jacinta el secreto tan repetidas veces prometido poco antes?

Dejemos la palabra a su buena madre: La pequeña corrió a mi encuentro, apenas me vio llegar con su padre, gritando alborozada: Mamá, hoy he visto a Nuestra Señora en la explanada de Iría.

— Lo creo, hija, le contesté. Buena estás tu para ver a Nuestra Señora. Ella se quedó triste y contrariada, pero mientras me acompañaba a casa iba repitiendo: ¡pues yo la he visto!, ¡la he visto!

Y comenzó a contar lo ocurrido. Me habló del relámpago..., del miedo que tuvieron..., de la luz..., de la Señora..., del Rosario, que teníamos que rezar todos los días...

Pero yo no daba crédito a sus palabras, ni le prestaba atención. Eres muy tontita, le decía. ¡Que Nuestra Señora se te vaya a aparecer a ti...!

Al llegar a casa, para común divertimento, dije a la pequeña: Oye Jacinta, cuenta, cuenta cómo ha sido esto de Nuestra Señora!

Y ella se puso a contar las cosas con la mayor sencillez del mundo: Era una Señora muy linda, muy linda... Traía un vestido blanco, y un cordón de oro hasta el pecho..., la cabeza cubierta con un manto blanco, muy blanco, que le llegaba hasta los pies, todo bordado en oro. ¡Ay, que bonito! Tenía las manos juntas así... Y la pequeña se levantaba del banquillo y juntaba las manos a la altura del pecho para imitar a la Señora... Entre los dedos tenía un Rosario... ¡que lindo Rosario!, todo de oro, brillante como las estrellas de la noche... ¡Que bella Señora! Habló mucho con Lucía, pero nada conmigo, ni con Francisco... ¡Ay, madre! Tenemos que rezar el Rosario todos los días. Se lo ha dicho la Señora a Lucía... Y le ha dicho también que a los tres nos llevará al cielo, a Lucía, a Francisco y a mi...

Buena santità estás hecha tu, repetía su madre, rehusando tomar en serio el relato de la hija menor, para que se te aparezca Nuestra Señora.

Pero la santidad no es condición indispensable para que Dios y su Madre puedan revelar lo que quieran a quien bien les parezca. Nuestra Señora en todo tiempo se ha aparecido muchas veces y de muy diferentes maneras, arguyó por su parte el padre de la niña, con aplomo apocalíptico. Lo cual quiere decir, prosiguió, que si el mundo está mal, peor estaría sin estas providenciales y oportunas intervenciones del cielo... No sabemos qué es esto, pero algo será... El poder de Dios es muy grande... Sea lo que Dios quiera...

No puede negarse que en el fondo de estas sencillas reflexiones del humilde labriego latan dos argumentos impecables, teológico el uno e histórico el otro. ¿Quién puede poner límites al poder de Dios? ¿No es muy cierto que a través de la historia él y su celestial Madre, sus ángeles y sus santos, han dado muchas veces al hombre pruebas de inefable bondad y Providencia y que, sin estas intervenciones sobrenaturales, el mundo estaría aún peor de lo que está?

Por otra parte, el tío Marto conocía bien a sus hijos y a su sobrina para hacerse cargo de que eran incapaces de urdir toda una novela de fingidas revelaciones de la Santísima Virgen.

De aquí la conclusión que a la luz del sentido común sacó nuestro buen hombre de las sencillas, pero firmes y seguras, verdades religiosas que poseía, con la misma facilidad con que iba sacando cucharadas de berzas con patatas de su cazuela en aquella cena familiar. Sabía, nota él mismo, que los niños no tenían ninguna instrucción, y que no eran capaces de inventar de común acuerdo

toda una serie de supuestos avisos y augurios de orden sobrehumano. ¿Mentir ellos? ¡Ay, Jesús! Francisco y Jacinta jamás se avenían a ello...

El tío Marto podría gloriarse de haber sido el primer creyente de las revelaciones hechas a sus hijos y a su sobrina.

Estos no se preocuparon aquella noche de contemplar, como otras veces, el cielo estrellado. Otro cielo llevaban dentro en el vivo recuerdo de la bella Señora del valle de Iría. Soñando en Ella pasarían las horas de aquella feliz noche.

Al despuntar el día la tía Olimpia no supo abstenerse de manifestar a sus vecinas, como gracias de su hijita, que habría sin duda identificado a la Santísima Virgen de su mente infantil con cualquier mujer de la vecindad, las confidencias de la noche anterior.

El hecho, corriendo de boca en boca, se esparció con rapidez por Aljustrel y por todo el vecindario, tergiversado, naturalmente, por los pareceres personales y por la personal exposición de cada uno.

Como se deja suponer, una de las primeras familias a que llegó la sobrenatural noticia fue la de Lucía.

Cedamos la palabra a su hermana mayor, María de los Angeles:

Una vecina vino a decirme muy de mañana que la madre de Jacinta le había dicho que la niña le había ido con aquella novedad. A la verdad, me asusté un poco con el caso y se lo pregunté a mi hermana. Lucía, le dije, he oído decir que has visto a Nuestra Señora en la explanada de Iría. ¿Es esto verdad?

— ¿Quién te lo ha dicho? tartamudeó espantada.

— Dicen que Jacinta se lo ha dicho a su madre y a toda su familia.

Lucía, después de detenerse un poco a pensar, me dijo pesadisa y contrariada: Y ¡Tanto como yo le supliqué que no lo dijera a nadie!

— Y ¿por qué no se puede decir?

— Porque no sé de cierto que fuera Nuestra Señora. Era una mujer muy bella.

— Y ¿qué es lo que os ha dicho?

— Que quería que fuésemos allí seis meses seguidos, el día 13, y que luego ya nos dirá quién es y qué quiere.

— ¿No le preguntaste quién era?

— Le pregunté de dónde era, y me contestó que del cielo.

Parecía no querer decir más; pero yo tanto insistí que me lo

contó todo. Nunca la había visto tan triste y amargada.

Llegó entonces Francisco y dijo a Lucía que Jacinta había sido ligera de lengua y que en su casa ya sabían todos lo sucedido en la vertiente de Iría.

Entonces otras personas hablaron con mi madre, la cual al principio no tomó la cosa en serio, pero cuando yo le conté lo que Lucía me había dicho, comenzó a darle importancia y fue a preguntárselo ella misma, que le repitió lo que a mí me había dicho.

Desde entonces una terrible preocupación empezó a atormentar a María Rosa. Por lo visto era verdad lo que se decía en la calle: que los tres pastorcitos aseguraban haber visto a la Santísima Virgen. Luego su hija menor con sus dos sobrinitos habían urdido una gran mentira para engañar a la gente.

La buena mujer no podía tolerar en su hija una falta de este calibre.

Muy duros sufrimientos había de causar en la niña este discurrir equivocado de su madre. Pero no se puede dudar de su óptima voluntad, ni de que con los mismos castigos y reprensiones infligidos a su hija cumplía heroicamente un duro deber materno.

Providenciales caminos del Señor. El santo de carne y huesos, como el de piedra o mármol, suele hacerse a fuerza de golpes, que tienen por objeto desprenderle de superficialidades terrenas; y frecuentemente el escultor puede ser otro santo, u otra alma quizás muy amiga de Dios.

Para nuestros humildes protagonistas sirvieron de tales sus propios familiares, amigos y vecinos, el Sr. Cura del pueblo, el Alcalde y otros incontables, conocidos o desconocidos, creyentes o incrédulos, buenos o malos, que de todo hubo. Para Lucía el mayor tormento lo constituyó indudablemente su propia madre.

El padre prefirió desentenderse del asunto con una salida burlesca: cuentos necios de mujeres tontas, dijo saliendo hacia la verde campiña, para su trabajo.

La madre lo tomó mucho más en serio. ¡Qué lejos estaba de pensar lo que me esperaba!, se decía. ¡Aún me faltaba esto para lo que me queda de vida! ¡Yo que siempre he andado con la preocupación de que mis hijos no sean mentirosos!

La piadosa aldeana para corregir y educar a sus hijos no se paraba en lamentos, sino que sabía pasar también a las obras. Un día, cuenta Lucía, antes de salir al campo con el rebaño quiso obligarme a confesar que había mentido; no perdonó para ello

halagos, amenazas, ni siquiera el mango de la escoba. No obtuvo otra respuesta que un vago silencio y la confirmación de lo que ya había dicho. Me mandó sacar al campo el hato de las ovejas y que durante el día pensara bien que si nunca había consentido ella una mentira en sus hijos, mucho menos toleraría ahora una tan colosal; que a la noche me obligaría a ir a donde estuvieran las personas a quienes había engañado, para pedirles perdón, después de confesar que había mentido. Y me fuí con mis ovejitas. Aquel día me esperaban mis compañeros. Al verme llorar me preguntaron la causa. Les conté lo que había pasado y añadí: Ahora decidme qué he de hacer. Mi madre quiere a todo trance que diga que he mentido; y ¿cómo puedo decirlo?

Entonces Francisco dijo a Jacinta: ¿Ves?; tú tienes la culpa.

La pobre criatura llorando se puso de rodillas pidiendo perdón. He hecho muy mal, decía compungida, pero ¿cómo puedo remediarlo ahora?

Viendo que ni halagos, ni amenazas, ni el llamado argumento del palo podían arrancar de labios de Lucía la suspirada confesión, María Rosa resolvió acudir a la suprema autoridad del pueblo en el orden moral y religioso, al Sr. Cura. Y a la casa rectoral se fue una mañana muy temprano con su hija para hacerla retractar del supuesto embuste. Con ellas fueron también Jacinta y Francisco.

Por el camino instruyó bien a su hija en lo que debía hacer. En cuanto llegues allá, le decía con aplomo, te pones de rodillas, le dices que has mentido y le pides perdón... ¿has oído?... Dale las vueltas que quieras: o desengañas a la gente diciendo que has mentido, o te encierro en un cuarto donde no puedas ver más la luz del sol... Siempre conseguí que mis hijos dijese la verdad, y ¿ahora he de dejar pasar a la pequeña tan recio engaño?

Pero aún delante del Sr. Párroco, o de quien fuera, ¿cómo iba a decir la niña que no había visto lo que realmente había embelesado su mirada?

¡Cuán lejos estaba de pensar la buena mujer que con su tenaz y equivocado proceder contribuía a la educación de su hija mucho mejor de lo que pudiera parecer y de lo que ella misma creía, ejercitándola en actos heroicos de paciencia, que tan fácilmente hubiera podido evitar a la niña con sólo hacer lo que su madre quería, diciendo, aunque engañosamente, que nada había visto!

Se cumplían al pie de la letra las palabras de la Santísima Virgen: *Tendréis que sufrir mucho*. Los ojos que habían tenido la

inefable suerte de gozar de la vista de la Madre de Dios se veían ahora a la continua arrasados en lágrimas, por no poder obedecer un mandato materno, que para ella hubiera sido pecaminoso.

Pero alguien la sostenía en su aflicción. La Madre de misericordia cumplía también su promesa: *la gracia de Dios os confortará.*

Antes de hablar con el Sr. Párroco tuvieron el consuelo de entrar en la Iglesia y oír la santa Misa. Durante la elevación de la hostia y del cáliz juntarían los pastorcitos sus sufrimientos con los de la divina víctima de nuestros altares y los del Inmaculado Corazón de María, según la lección que en el Cabezo recibieron del ángel de la paz, para el feliz éxito de su forzosa gestión.

Inmediatamente después María Rosa, seguida de los pequeños, se dirige al despacho parroquial. Mientras sube la escalinata va repitiendo decidida a Lucía en ademán de última e ineludible voluntad: "No me molestes más. Di ahora al Sr. Cura que has mentido, para que el domingo pueda comunicar a sus feligreses que todo ha sido embuste; acaba de una vez con el engaño, no sea que todo el mundo vaya corriendo a la explanada de Iría a rezar ante una encina.

El Sr. Párroco, P. Ferreira, los recibió con amabilidad y les invitó a sentarse unos momentos. Luego llamando por separado primero a Jacinta y después a Lucía les hizo sus preguntas.

Después, con ánimo meditabundo, aventuró como posible y probable su opinión sobre el caso, totalmente inesperada y sumamente desconcertante para sus visitantes: *parece que los niños dicen verdad respecto a lo que han visto y oído; pero no me parece una revelación del cielo. Puede ser un pequeño engaño del diablo. Ya veremos, ya veremos.*

¿Un posible engaño del demonio? A decir verdad, a pocos se les hubiera ocurrido pensar que una Señora con el Rosario en la mano e invitando a rezarlo pudiera ser forma externa del enemigo de las almas.

La voz del sentido común, y hasta de la Teología Mística, habló en este caso por labios de la pequeñita Jacinta Marto, que consolando y animando a su prima, le supo decir poco después en el monte entre sus ovejas y corderuelos: No es el diablo, no. Dicen que el diablo es muy sucio y feo y que está debajo de la tierra en el infierno. Y esa Señora es tan bonita y la vimos elevarse hasta el cielo, como los Apóstoles vieron elevarse a Jesús el día de la Ascensión... Y aquella luz que nos comunicó al abrir los brazos,

en la que nos vimos en Dios... Y el Rosario que traía en la mano y el encargo que nos dio de rezarlo... Mira, no debemos asustarnos de nada. Aquella Señora nos ayudará. Y es tan amiga de nosotros... ¿No nos dijo que la gracia de Dios, que como río de luz salía de su Corazón hacia el nuestro, nos ayudaría?

Francisco por otra parte añadía: ¿Cómo puedes pensar que era el diablo? ¿No nos vimos en Dios en aquella gran luz, que al abrir los brazos nos comunicó?

Con todo, las palabras del sacerdote se grabaron profundamente en el alma de María Rosa, y más aún en la de su hija. Pasaba ésta las noches en vela bajo la impresión de que pudiera ser instrumento inconsciente de Satanás, para atraer el ridículo y el desprecio sobre las cosas más santas.

Por otra parte, su madre tenía un argumento más, y de categoría, para corregirla. Mintiera o no, a juicio del Sr. Párroco, podía ser juguete de maquinaciones diabólicas para perderla a ella misma y quizás por ella a otros muchos. Se redoblaron, pues, las palabras duras, las caras serias, las amenazas y hasta los castigos corporales.

Aunque el Sr. Cura procedió con discreción y comedimiento, pues no podía aventurarse a admitir definitivamente como revelación del cielo lo que por entonces no constaba que lo fuese, su opinión desconcertante llegó a constituir en lo humano muy grave peligro para Lucía y hasta para todo el misterio de Fátima, que empezaba a desplegarse en el mundo. Llegó a dudar de si lo mejor pudiera realmente ser la mentira diciendo que todo había sido cuestión de embustes, para evitar los posibles ardides de Satanás y el jaleo de la contradicción sin tregua que hallaba en la calle y en la propia familia.

Contribuyó a aumentar la tormenta de su espíritu un sueño que tuvo uno de aquellos días, reflejo natural de su estado de ánimo, pues pasando el día con el pensamiento fijo en posibles astucias diabólicas, no podía dejar de soñar en ellas. Vi al demonio, refiere ella misma, que riéndose por haberme engañado, hacía esfuerzos por arrastrarme al infierno. Al verme en sus garras, aunque en sueños, comencé a gritar de tal forma, llamando a Nuestra Señora, que desperté a mi madre, la cual me llamó afligida, preguntándome qué tenía. No me acuerdo qué le contesté; de lo que me acuerdo es de que aquella noche ya no pude dormir más, por efecto del susto. Este sueño dejó en mi espíritu una nube de muy pesado miedo y aflicción.

Si pudiera hablarse de diplomacia y política sobrenaturales, el Párroco Sr. Ferreira, María Rosa y los demás contradictores de buena fe, se nos antojarían ángeles en carne humana, colaboradores del otro ángel de paz, precursor de las apariciones marianas de la vertiente de Iría, suscitados por el mismo Dios y su celestial Madre. Por eso, equivocados o no, no se saldrán un ápice de la línea de sus respectivos deberes, para ejercitar a los videntes en múltiples y heroicos actos de abnegación, mortificación, paciencia y humildad. Prevenidos y sostenidos por la gracia, que la celestial Madre indudablemente les va otorgando, no les servirán de tropiezo, sino de acicate, para crecer rápidamente en virtud y hacerse merecedores de la gloria del cielo, que les ha prometido a los tres; y a dos de ellos para dentro de breve tiempo.

Luego los ha de poner también muy pronto en condiciones de merecer tan gran suerte. Nueva revelación implícita, pero clara y segura, confiada por la divina Madre a sus propias palabras y a su debida intelección, más que a los propios interesados, incapaces por entonces de comprenderla, y que tendrá buen cuidado de traducir pronto en hechos en aquel cauce de luz en que los colocó al abrir ante ellos sus brazos y el caudal de Gracia de su Corazón Inmaculado.

Y tan pronto como lo hizo..., y nada menos que por doble vía: por la externa de sacrificios y mortificaciones infligidos por otros, y por la interna de los que son fruto de su propia elección. Acabamos de ver los primeros pasos, nada fáciles ni halagüeños, dados en la primera por nuestros nuevos ascetas.

Veamos también el arranque y decisión con que emprenden inmediatamente el seguimiento de la segunda:

Al día siguiente de la primera Aparición, llegados al monte con el ganado, Jacinta se sienta pensativa sobre una piedra. A Lucía le da pena verla en aquella actitud desacostumbrada y se acerca a ella para invitarla a jugar.

—No, hoy no quiero jugar, responde.

—¿Por qué?

—*Porque estoy pensando en que la Señora nos dijo que rezáramos el Rosario e hiciéramos sacrificios por la conversión de los pecadores; en adelante cuando recemos el Rosario tenemos que decir enteros el Padrenuestro y el Avemaría. Y los sacrificios ¿cómo los haremos?*

—Podemos dar nuestra comida a las ovejas, sugiere Francisco.

La respuesta del nuevo e improvisado director de espíritu fue aceptada por unanimidad. Y al mediodía las ovejitas dieron buena cuenta del pan y queso de nuestros santos en ciernes.

Más tarde cayeron en la cuenta de que si en vez de dar su comida a las ovejas la regalaran a unas niñas pobres de Moita que andaban mendigando, ejercitarían, no sólo la mortificación, sino también la caridad, y de que por consiguiente su oblación sería aún más agradable a la linda Señora de sus hechizos.

Y ya los tenemos otro peldaño más arriba en la difícil pendiente de su ascensión hacia Dios.

Y si luego el hambre se deja sentir, mortificativa y exigente, en sus infantiles estómagos, Francisco hallará el remedio para sí y para las niñas, encaramándose a la copa de las encinas para coger las bellotas que hagan falta, aunque Jacinta es de opinión de que es mejor coger cardos, porque están más a mano, y porque al cogerlos también suelen mortificar los dedos, y sobre todo porque son más amargos; por todo lo cual constituyen un sacrificio más agradable a la Señora y más apto para convertir pecadores.

Y aquella tarde, escribe Lucía, saboreamos tan delicioso manjar. Otras veces, confiesa ingenuamente, nuestro sustento eran piñones, moras, raíces de plantas, cuyo nombre no recuerdo, o fruta, si había cerca alguna propiedad perteneciente a nuestros padres.

Un día Jacinta, al coger unas flores, tocó casualmente unas ortigas, experimentando el consiguiente dolor. He aquí, exclama alborozada, como quien acaba de hacer un gran descubrimiento, otro instrumento de sacrificios. En adelante cuando estén en sitios donde haya ortigas se frotarán con ellas las manos y las pantorrillas.

Otro día, atravesando una carretera, encontraron un trozo de sogá. Lucía jugando se la apretó en el brazo, que reaccionó naturalmente con el consiguiente dolor, y propuso a sus contrincantes en sacrificios: Y si nos atáramos en la cintura una cuerda por debajo de la ropa ¿no tendríamos una buena ocasión de hacer continuos sacrificios en todas partes, hasta en casa, y sin ser notados?

Dicho y hecho. A falta de tijeras cortan la sogá en tres trozos rozándola con una piedra, y ya tienen un buen cilicio para cada uno. A ratos les producirá intenso dolor, por ser áspera y estar fuertemente apretada al cuerpo. A Jacinta frecuentemente se le reflejaba el sufrimiento en lágrimas, que no podía impedir brota-

ran de sus ojos. Su prima y su hermanito le decían que se quitara la cuerda o que por lo menos se la aflojara.

—No, contestaba, hay que sufrir para convertir a los pecadores y para desagraviar al Inmaculado Corazón de María.

En otras ocasiones, encerrado ya el hato en el redil, jugando junto al pozo favorito, sus familiares y conocidos les traían, a lo mejor, uvas, higos u otros frutos.

—No los comamos, solía decir Jacinta, o cualquiera de los tres, que hoy hemos hecho pocos sacrificios. Y los higos, o las uvas, se quedaban en el cesto o pasaban a manos de los pobres para convertir pecadores y llevar almas al cielo.

Arbol recién plantado, que tales frutos primerizos produce, buena savia ha de tener, conforme a la consigna del divino Maestro: por los frutos se viene en conocimiento del árbol que los ha producido.

¿Se le podrá ocurrir a alguno pensar que pueda haber sido plantado o cultivado por el enemigo infernal?

O ¿podrá sospecharse quizás que tan prematuro espíritu de mortificación pueda ser, no oro de buena ley, sino oropel de vanidad y puro exhibicionismo?

La piedra de toque del espíritu de mortificación es el de oración, y viceversa, la de éste es el primero. Son estos dos espíritus hermanos gemelos, que nacen, crecen, disminuyen o medran, se amortiguan o reviven a la par en el alma.

¿Cuáles fueron, pues, los primeros destellos del espíritu de oración de estos infantiles ascetas?

Un día, mientras estaban discutiendo cómo harían sacrificios, las ovejas se fueron internando en un pinar, que en el extremo opuesto colindaba con unos campos de labor. Allí corrió Francisco para impedir que se metieran en el sembrado.

Poco después las niñas van en su busca para hacerle compañía. Pero no aparece por ningún lado, por más que dan voces y más voces en todas direcciones.

Por fin, cuando ya lo daban por perdido, Lucía lo encuentra de rodillas detrás de un montón de piedras. Pero él ni se da cuenta de lo que pasa en torno suyo. Es necesario que su prima le sacuda en el hombro y le llame por su nombre para hacerle volver en sí, diciéndole:

—Pero, Francisco, ¿qué haces aquí tan solo?

—Empecé a rezar las oraciones del ángel, y luego me quedé reflexionando.

—¿No oíste que te estábamos llamando?
 —No, no he oído nada.
 —¿Vamos a jugar un ratito?
 —No; aunque me gusta vuestra compañía, hoy prefiero estar solo para hacer este sacrificio por los pecadores.
 —Pero ¿qué haces tú aquí tanto tiempo?
 —Estoy pensando en el Señor, que está triste. ¡Si yo pudiera consolarle! ¡Está tan triste a causa de tantos pecados! Nosotros no haremos nunca ninguno.

Recuerde el lector cómo ya en el día de la primera Aparición recomendaba Jacinta a su madre el rezo diario del santo Rosario, cómo en adelante, dejando a un lado juegos y cantos, lo rezaban los tres en el monte con los padrenuestros y avemarías completos, y sobre todo el ritmo constante y siempre ascendente que este doble espíritu de oración y mortificación tiene en su alma, y se convencerá por sí mismo de que en la nava de Iría hubo un nuevo Pentecostés para nuestros pastorcitos desde su primer encuentro con la Reina del Apostolado, que al abrir los brazos volcó su Corazón, lleno de Dios, en el de los niños.

VI

¿POR QUE SE APARECIA MENSUALMENTE MARIA EN FATIMA EN DIA 13?

Venid aquí todos los meses en este mismo día 13 y en esta misma hora, a las 12 en punto de la hora solar, hasta el día 13 de octubre, dijo la celestial Madre a los pastorcitos de Fátima, escogidos por Ella misma por confidentes y propagandistas de lo que para bien del mundo deseaba manifestarles.

¿Por qué tanto día 13?

En la parábola evangélica del hijo pródigo nos dice el Salvador del mundo que antes de llegar a su casa, cuando, tras largo tiempo de ausencia, se decidió volver a ella, forzado por el hambre y miseria, que le atormentaban, lejos del hogar paterno, su padre le vio venir a lo lejos a su encuentro y corrió enseguida a abrazarse con él, y a invitarle a volver alegre a casa, donde nada le había

faltado, mientras en ella había morado y nada le faltaría en adelante, y cómo mandó a sus criados que le trajeran inmediatamente nuevos vestidos, en vez del andrajo con que acababa de volver, y cómo celebró todo un buen convite, por haber podido recuperar al hijo, que daba por perdido. Hoy María ve ya en lontananza a la nación rusa volver a sus lares marianos, voluntaria y libremente, y sale a su encuentro con maternal amor. Dios, nuestro Padre, y también María, nuestra Madre, llamada la omnipotencia suplicante, pueden coordinar los humanos acontecimientos, sin herir en nada la humana libertad, por mucha que sea, y hasta, si se quiere, el libertinaje, con que se hayan ido produciendo, de modo que vayan viniendo a nosotros y a nuestra historia humana, coordinados como a Dios le plazca, sean lo que sean la voluntad y el libre albedrío humanos, con que se hayan ido elaborando.

Si nos fijamos ahora en los hechos, con que desde 1917 ha ido surgiendo al dominio de nuestra historia humana el misterio de Fátima, al par que en los que desde la misma fecha del mismo año ha ido escribiendo en la misma página o aproximadamente en la URSS y en otras partes, la incredulidad del día, nos encontraremos, no pocas veces, con que parecen ser los dos rieles de una misma vía, uno rojo y otro blanco, por donde circulan dos trenes, con mucha gente en uno y otro, aunque, a lo que parece con diferente equipaje en la cabeza y hasta quizás con diferente distintivo exterior: uno con una gran bandera y una estrella roja y brillante en medio, y el otro sin más bandera que el manto de la Virgen, sin ninguna estrella, aunque sus bordes parezcan pretender encuadrar y resguardar otra del todo blanca, adherida, al parecer, sobre su vestido, entre las rodillas y los pies, como en deseos de iluminar sus pasos sobre la luna, en donde la vio San Juan Evangelista un día, con ojo vigilante y en ademán de protección sobre sus actuales hijos, esparcidos sobre la tierra, como igualmente sobre los que prevé, que aunque hoy no lo sean, pueden serlo más tarde en el porvenir ancho y largo de la Iglesia, su hija predilecta. Si Ella viene del cielo a la tierra, es sencillamente porque necesitamos escuchar sus enseñanzas, vengan por medio de milagro, de una llamada maternal o como sea. Y la necesita hoy particularmente el mundo, por causa de varios acontecimientos a favor del ateísmo, que irán viniendo precisamente en días trece.

Veamos, pues ahora, como hasta por medio de una insinuación numérica puede llamar María a sus hijos más o menos extraviados

fuera de la senda de salvación para ponerlos en buen camino, como también para animar a seguir su senda, si ya van por donde han de ir:

13 de enero de 1917: Arresto en Rusia de todos los obreros del Comité de las industrias estatales de guerra, por iniciativa del Ministerio zarista Protopopov. ¿Fatal insensatez?; ¿premeditada alta traición? En todo caso ofrecimiento en bandeja de la victoria al primer ejército o multitud medio militarizada, que contra el del Zar se levantará. Sigamos adelante en busca de otra fecha, llamativa para su inmediata anterior de los días 13 de Fátima.

13 de febrero de 1917: En Kolomesch (Rusia) una humilde aldeana, llamada Avdoquia Agrianeva, procedente del pueblecito de Potschinki, próximo a Moscú, está buscando afanosa ante el Párroco y el sacristán un cuadro, que por dos veces se le ha mostrado en sueños, cubierto de polvo y sangre, como entonces estaba, y como quedaría, después de haberle quitado ella toda la suciedad, que lo hacía prácticamente invisible. El Párroco le había dicho de buenas a primeras que tenía variedad de cuadros o iconos, como los orientales suelen decir, en el desván de la Iglesia, no en el sótano, donde la posible vidente creía haberlo visto. La condujo, pues, al desván en la seguridad de que si el sueño, de que hablaba, era algo más que sueño, allí lo encontraría. Después de haberlos visto todos uno a uno, le dijo que no estaba allí el que ella dos veces en sueños había visto y nada menos que por dos maneras cada vez, sucio o cubierto de polvo y limpio, como hay que dejarlo, apto para el culto. También yo he visto muchas cosas en sueños, que sueños son, le dice el Sacerdote. Dispense, observa la muchacha, pero es que también se me ha dicho que el Sr. Párroco lo tenía allí totalmente olvidado. Pues bajemos al sótano para que vea que nada hay por allí digno de ser visto.

Con todo, observa entonces el sacristán, como quien pretende prevenir cualquier expresión menos grata del Sr. Cura, sí, hay allí otro icono, pero solo uno, y tan grande y pesado, que por esto he preferido dejarlo allí, en vez de subirlo al desván con los demás. Bajan, pues, los tres al sótano, y al verlo la joven forastera, exclama, sin poder contener la emoción: este es el que yo vi, y cae de rodillas sobre el polvo del sótano, mientras el sacristán quita el del cuadro, todavía más denso. Al contemplarlo los tres, para cada uno de ellos es gran novedad, aunque menos para la mal llamada somnolienta, que para los otros dos.

Al pie de la efigie se leía: Excelsa Madre de Dios. Era una bella pintura en lienzo de María Santísima teniendo entre sus brazos sobre sus rodillas al divino Niño, en ademán de ofrecerlo al pueblo, para su salvación, como siglos atrás al Altísimo y al pueblo lo ofreciera Ella en el Templo de Jerusalén, para nuestra Redención. Ahora entiendo, dice el Sr. Cura porque quieren Jesús y María ser venerados en esta efigie: Mirad como está aquí la Reina de cielos y tierra, sentada en su trono con su hijo en el regazo y el cetro en su mano derecha, como Madre de Dios y de los hombres, que en todo necesitamos de su maternal protección, y como el Niño con una mano nos señala el Inmaculado Corazón de su Madre y con la otra su propio Sagrado Corazón: *Promesa de protección de Jesús y María al pueblo ruso y llamada a su fe.*

Es de notar además que tan providencial hallazgo coincidió en días próximos a la abdicación del Zar, como en promesa de especial protección para los de indeciso porvenir, en que estaban entrando en aquella nación, el último de los cuales en la vida del Zar coincidió *a 13 de marzo*, según el nuevo calendario, allí acomodado al occidental, en especial llamada *al 13 del encuentro de tal icono, y a los días 13 del encuentro de los pastorcitos con María en Fátima.*

Próximamente, a 13 de mayo empezará en Fátima toda una serie de siete apariciones de María, de las cuales seis serán en día trece de diferentes meses consecutivos y en los que más de una vez, en llamada muy especial al encuentro providencial de aquel bello icono, pondrá el nombre de Rusia en sus labios, hasta asegurarnos su salvación: *El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará, dice Ella al Mundo a 13 de julio de 1917.* ¿Puede haber mejor llamada a todos aquellos pueblos orientales al amor de su maternal Corazón y en ansias de poder protegerlos a todos, al pueblo y a sus autoridades?

Otras múltiples llamadas tiene María en Fátima por medio de diferentes días 13, ya a sus hijos, a veces en premio y otras veces en demanda de más amor, ya a la incredulidad, en anhelos y demanda de cambio de ruta hacia las vías del espíritu, delineadas en el Evangelio de su divino Hijo.

Pongamos aquí breves ejemplos más de tales llamadas, dejando otras para sus respectivos capítulos.

13 de marzo de 1917. Motín y asamblea conjunta de la Duma o Parlamento con obreros y soldados, cuyas primeras y decididas

resoluciones son la urgente renuncia del Zar, y la persecución religiosa, pero ésta por grados, primero con las mentidas palabras de libertad religiosa, que precise, que la mentira es virtud, en expresión de Lenín, mientras sirva para bien del comunismo: y la religión y opio del pueblo en inapeable axioma de Marx.

A 13 de mayo, 13 de junio, 13 de julio, 13 de septiembre y 13 de octubre. Apariciones de María mensualmente consecutivas, para adiestrar a sus hijos en el retorno a Cristo, contra los dictados del comunismo ateo, y en maternal llamada a su conversión.

¡Cada día 13 nuevos triunfos, nuevos peregrinos a María!

13 de mayo de 1917. Hace ya unos días que va entrenándose Moscú en el papel de persecución a la Religión, que le tiene reservado la historia. Pero en este día empieza a hacerlo descaradamente, sin guantes blancos, ni disimulo de ningún género.

En una Iglesia de la Ciudad María Alexandrowa está enseñando el Catecismo a los niños. Unos doscientos escuchan su lección y contestan con más o menos acierto a sus preguntas.

En esta ocasión irrumpen violentamente en el Templo hombres a caballo, que a la voz y consigna de guerra a la Religión, que es el opio del pueblo, derriban las imágenes de los altares y persiguen a los niños, hasta dar muerte a algunos de ellos, pertenecientes a la nobleza. Sale la Catequista despavorida a la calle y corre a quejarse ante la recién estrenada autoridad local soviética.

Lo sabemos, le responde friamente el mismo Lenín. Los hemos enviado nosotros. Precisa proceder así, para desarraigar el fanatismo.

13 de septiembre de 1917: Rendición incondicional de las fuerzas gubernamentales, mandadas por el General Kornilov, y consiguiente triunfo del comunismo revolucionario, más que de Kerenski, por entonces zarista a medias, que lo pone en su haber. No es aún definitivo este triunfo militar marxista, pues quedan aún dispersas acá y acullá algunas patrullas imperialistas, testigos personales de la agonía del zarismo, pero sí es fatal y decisivo. Tras él vendrá la derrota de Kerenski cerca de San Petersburgo, pues ni siquiera le es posible llegar con sus tropas a las puertas de la ciudad.

En todas sus Revelaciones de Fátima y de otras localidades da María la impresión de venir del lado oriental o de tener allí su morada: de allí viene y allí vuelve. ¿Será porque allí como en Rusia, se la ha venerado siglos con especial afecto y porque en

consecuencia se siente dulcemente forzada al amor de aquellos hijos? Luego allí seguirán floreciendo su acendrada devoción y la correspondiente protección mariana, pase lo que sea, que al fin será la voluntaria conversión de Rusia.



Otras coincidencias hay, al parecer providenciales, que en otros días 13 recuerdan a Fátima al lado de Rusia y muestran a ojos vistas su progreso hacia la paz. Registremos en estas páginas sólo una relativa a Austria.

Tiempo ha que fue liberada pacíficamente del yugo comunista. Es ciertamente un hecho increíble e inexplicable en lo humano. Su verdadera explicación está en Fátima, aunque el mundo no pueda entenderlo. Para que acertaran a verlo siquiera los devotos de su Santísima Madre, quiso Dios que las negociaciones para su liberación empezaran en Moscú el 13 de abril de 1955; que se aprobaran definitivamente a 13 de mayo; que a 13 de agosto se disolviera también definitiva y pacíficamente el mando militar ruso sobre Austria; que en octubre del mismo año, mes también de triunfal

recuerdo comunista, marcharan finalmente a Rusia sus últimos componentes. El pueblo austriaco cooperó por su parte a la llamada del cielo a favor de su liberación del poder extranjero. Mientras los diplomáticos llevaban a término las difíciles, y a juicio de muchos inútiles gestiones, 650.000 austríacos rezaban diariamente el santo Rosario para obtener la libertad nacional de manos de la Reina de la paz. Así pudo la feliz nación conseguir lo que por otros medios inútil y desgraciadamente han intentado otras.

También Moscú. En esta capital entra la Reina del Mundo en su imagen de Fátima a 13 de mayo de 1952. ¡Otro día 13 de matiz mariano en Rusia! Y allí sigue desde entonces, en reparación y espera del nuevo Pentecostés de la Iglesia de Rusia y del mundo.

Pero el día de Fátima más glorioso para la celestial Madre y más esperanzado para la Iglesia y el mundo fue indudablemente el 13 de mayo de 1967, cincuentenario de la primera Aparición de María en la cova de Iría, por la peregrinación del Santo Padre a aquel Cenáculo mariano de nuestros días, en desbordamiento entonces de gentío, por los dos millones de personas que allí se calcularon haber acudido.

Las palabras del representante de Dios en la tierra, parafraseando la visión de San Juan sobre la Mujer apocalíptica vestida de Sol, que en Fátima cincuenta años atrás había tenido su trasunto, enardecieron en su amor, no sólo los allí presentes, sino también a todos los que por radio o televisión percibieron sus palabras de confianza en la celestial Madre en universal demanda de paz para la Iglesia y el mundo.

¿Brillan por ventura ya en el cielo de Rusia los primeros destellos de su vuelta a Cristo, por mediación mariana, de que hablan las llamadas de María de los días trece?

He aquí lo que leemos en Miriam, número de noviembre-diciembre de 1976, hablando de la celebración de la fiesta del día de la Asunción en Moscú: Antes de la lectura del Evangelio, cuatro Monjes-sacerdotes tomaron la santa imagen de nuestra Señora en alto y en procesión, con Cruz y estandartes, salieron tres veces alrededor de la Catedral, seguidos del coro, que cantaba estrofas de la fiesta. Las campanas doblaban a vuelo y los fieles, que eran unos cinco mil, por lo menos, seguían la procesión con velas encendidas. El Patriarca iba bajo la Santa Sábana, llevando los Evangelios... ¿Habría sido posible hacer esto 60 años atrás, ni pocos años ha?

VII

SEGUNDA APARICION DE MARIA *SAN ANTONIO NO ES TAN BONITO COMO NUESTRA SEÑORA (Jacinta)*

Se acercaba el 13 de junio, día señalado por la Reina del cielo para su segundo coloquio con los pastorcitos videntes.

Desde unos días antes reinaban en Fátima y en sus alrededores alborozo y animación popular inusitados, no en esperanza del descenso de María, en que nadie creía, sino en perspectiva de la anual fiesta de San Antonio, patrón de la aldea. Era el día de su fiesta mayor. En calidad de tal correspondía Misa cantada, sermón, procesión, cohetes, música callejera y otros festejos populares por el estilo.

Como el Santo portugués es tenido por Abogado especial de los nuevos contratos matrimoniales, ya se deja suponer que jóvenes y muchachas pondrían en él, o quizás más que en él, en su día, esperanzas de la posible solución del porvenir.

Los mayordomos de las diferentes cofradías y otros muchos particulares, conducirían carros y carretas adornados con flores silvestres y ramas de árboles, cargados de provisiones de pan blanco, tortas, frutos, chorizos y otros alimentos caseros, que el Sr. Párroco tenía que bendecir desde su terraza antes de poder ser despachados en los ágapes familiares y campestres que se dejan suponer, y también en manos de los pobres que por allí solían merodear en tal día.

“La madre sabía muy bien que esto gustaba mucho a Lucía”, nos dice su hermana María de los Angeles; por lo cual tenía fundada esperanza de que toda la historia de la cova de Iría se desvanecería en ella con la fiesta de la Iglesia y los festejos populares. ¡Qué bien!, nos decía: ¡mañana tenemos gran fiesta! La gente ya no habla de Cova de Iría; no le hablemos nosotras más que de la fiesta de San Antonio, y quizás ya no se acuerde más de las apariciones. La gente es la que tiene la culpa de todo, que anda siempre recordándose.

Con todo cuidado, prosigue diciendo María de los Angeles, seguimos el consejo de la madre, pero a Lucía, callada, muy calladita, poco se le importaba de nuestras combinaciones fami-

liares, y hasta decía de vez en cuando: Yo mañana he de ir a Cova de Iría... Esto es lo que la Señora quiere de mí”.

Como Lucía también sus compañeritos de pastoreo y de dicha estaban determinados a dejar la fiesta de San Antonio por la entrevista sobrenatural que tenían anunciada y comprometida, en caso de no poder coordinar entrambas, desde hacía ya un mes con la bella Señora de sus encantos.

Jacinta, no contenta con gozar ella de la Visión que esperaba, deseaba también hacer partícipe de la misma a su madre. *Mamá, le decía, venga mañana con nosotros a la vertiente de Iría para ver a Nuestra Señora.*

— ¡Qué Nuestra Señora! ¡Tontuela!... Mañana vamos a San Antonio... Entonces ¿no quieres tu merienda?... ¿no quieres ver los cohetes, oír la música? ...

Música, merienda, jolgorios populares... ¡Qué lejos estaba de sospechar la buena mujer que hacía ya un mes que sus hijos habían renunciado a su merienda y a sus juegos infantiles para hacer sacrificios en obsequio de la bella Señora, que esperaban ver de nuevo, y para obtener por su intercesión la conversión de los pecadores!

—*Pero, mamá, ¡qué en la hondonada de Iría se aparece Nuestra Señora! ...*

—*Nuestra Señora no se aparece.*

—*Nuestra Señora dijo que se aparecería; por eso con toda certeza lo hará.*

—*Pero ¿no quieres ir a San Antonio?*

—*San Antonio no es bonito, como lo es Nuestra Señora, ni mucho menos.*

—*¿Por qué?*

—*Porque Nuestra Señora es más, pero mucho más bonita. Yo decididamente voy a la nava de Iría. Si luego la Señora nos dice que vayamos a San Antonio, iremos entonces.*

Su padre, en cambio, que, como antes dijimos, se inclinaba a creer que podía ser muy verídico todo lo que decían los niños, aunque sin excluir del todo su posible falsedad, estaba mucho más indeciso. ¿Qué haré yo mañana?, se decía, según su propio relato. ¿Ir a la vertiente de Iría con mis hijos? Y si no pasa nada ¡qué mal papel hago yo! ¿Dejarlos ir para allá solitos, y acá nosotros de fiesta? Tampoco esto caería bien. Entonces tuve una buena salida. Mañana hay feria en Pedreira; pues allá me voy.

¡Qué buena ocasión para comprar un par de bueyes! Y es de prever que cuando esté de vuelta, el asunto de los niños estará ya terminado. ¡Qué enredo este...!

Jacinta, apenas amaneció el día 13, corrió al aposento de su madre para recordarle de nuevo la dicha que en aquel día podría gozar si se determinaba por fin a acompañarla a la explanada de Iría. Pero ¡qué desencanto al hallarlo vacío! Díjole entonces su hermano mayor que los padres se habían ido a la feria de Pedreira y que no volverían hasta la noche.

Corrió entonces a llamar a su hermanito, y luego se apresuraron los dos a abrir el redil y a conducir el ganado a su pasto para ganar tiempo y poderlo tener de nuevo cuanto antes en encierro para poder ir a Misa y estar a las doce en la Cova de Iría, en espera de la segunda Aparición de María, que de ningún modo podría faltar a la cita por Ella misma prometida.

Pronto en el camino se encontraron con Lucía, que igualmente se había apresurado a sacar su hato al pasto, atraída por el mismo ideal de mediodía.

Hoy vamos a los Valinhos, decidió ésta. Allí no falta hierba, y cerquita como están, despachamos enseguida.

Con hora y media de pastoreo en aquel lugar tuvieron por suficientemente alimentadas las reses y las encerraron de nuevo para despreocuparse de ellas durante las mejores horas de aquel suspirado día.

Lucía, empero, tuvo que volver a casa antes de lo por ella misma previsto. Acababa de llegar al monte con los primitos, cuando vió que a campo traviesa corría su hermano Antonio para decirle que volviera en seguida a casa, que ya quedaría él mismo al cuidado del ganado, pues varias personas preguntaban por ella.

La noticia de la Aparición de mayo, que un mes antes decidieron guardar en silencio eterno, era ya secreto a voces, que, como reguero de pólvora en incendio, se había esparcido por Aljustrel y otros pueblos del contorno. De varios de ellos procedían los visitantes que acababan de llegar a su casa, deseosos de personarse en el valle de Iría, en espera de lo que allí pudiera ocurrir.

Tales visitas molestaron, como era natural a la niña, ya que no podían ser del agrado de su madre y hermanos, por lo cual era de prever que iban a prodigarle nuevas molestias. Les dijo

que ella de momento tenía que ir a Fátima para oír Misa y que hacia las once, a lo que creía, ya podría ponerse en camino para la cova de Iría y que entonces podrían seguirla, si así lo tenían previsto.

Los visitantes esperaron pacientemente unas dos horas a la sombra de unas higueras, a pesar de comprender que su presencia en aquel lugar nada tenía de agradable para María Rosa y sus hijos mayores y de oír no pocos comentarios desagradables sobre el hecho de las Apariciones, que corrían de boca en boca con los nombres de embuste, ilusión, superchería, etc.

Lucía se preparó para su ida al templo parroquial en aquel día de fiesta popular. Su mejor vestidito, sus zapatos nuevos y un pañuelo blanco para la cabeza, según costumbre del país.

Su madre la observaba con gusto sin proferir palabra, segura de que la fiesta de San Antonio había logrado eclipsar en su mente el recuerdo de sus supuestas apariciones. Pronto se verá, decía alegre su hija mayor, si toma el camino de la Cova de Iría o el de Fátima.

En todo caso el deber materno forzaba a María Rosa a estar en la expectativa de lo que pudiera suceder. Convino, pues, con sus hijas mayores en que si los niños iban a la cova de Iría ella los seguiría poco después y en que allí escondida los observaría y estaría en acecho, dispuesta a intervenir en su favor en caso de que alguien pudiera molestarles por lo que fuera.

Bello heroísmo en traje de aldeana, que a todo se exponía, hasta a posibles dictérios y malos tratos, a trueque de cumplir un duro deber materno. Con todo, se adivina también en esta medida, nada extremista, la sombra del Sr. Párroco, que le había aconsejado no oponerse de modo absoluto al deseo de los niños, que si a pesar de todo, se empeñaban en ir a la cova de Iría, no se lo impidiera, a fin de poder examinar con imparcialidad lo que pudiera haber. Lo que fuere sonará, se decía muy prudentemente el avisado Clérigo.

Yo voy andando a Misa, dijo a Lucía y *tú, si algo nuevo hay, me dices allá lo que sea.*

Y hacia la Iglesia se fue triste y afligida en extremo, temiendo que aquel día de regocijo popular pudiera reservarle a ella y a toda su familia muy amargas sorpresas. Para su mayor pena y contrariedad encontró en el camino a varias personas desconocidas, que seguían su camino en dirección contraria a la suya.

—Van ustedes muy equivocados, si, como es de suponer, quieren ir a Fátima, iba diciendo a unos y otros.

—De Fátima venimos. Lo que ahora deseamos es hablar con los niños que vieron a Nuestra Señora, para ir después con ellos a la vertiente de Iría. ¿Donde están los pastorcitos?

—En Aljustrel; pero dentro de poco se vendrán también para Fátima donde hoy celebramos la fiesta mayor, por ser San Antonio.

Ya hay más necios que van a la cova de Iría, se decía contrariada. Me será imposible llegar allí sin ser notada. Alguien ha de venir conmigo. De esta no salgo con vida...

Poco después sus hijas mayores tuvieron el consuelo de ver que su hermanita de menos años se dirigía a Fátima. De niña tan amiga de fiestas no podía esperarse otra cosa, se decían alegres y satisfechas.

Pero la visita a la Iglesia parroquial por razón de la Misa del día, no impedía, ni imposibilitaba en nada la visita posterior al lugar de las Apariciones. Para todo habría tiempo, como ya de madrugada y desde muchos días antes, lo tenían previsto los tiernos videntes, que a quien madruga Dios le ayuda.

En la imposibilidad de convencer a sus padres y hermanos de que le acompañaran a la cita de Nuestra Señora, Lucía pensó hacer partícipes de su dicha a sus compañeras de primera Comunión.

Nos juntamos allá unas catorce, dice una de ellas, llamada Leopoldina Do Reis, y resolvimos acompañar a Lucía al valle de Iría. Todas habíamos hecho la primera Comunión en aquel mismo año. Como de costumbre, cuando Lucía proponía algo, nadie entre nosotras solía excusarse.

Ibamos todas en grupo cuando apareció su hermano y le dijo: Hoy no vayas a Cova de Iría. ¿Para qué?... No vayas y te doy unas perras. —Lo que quiero es ir allá. No me importan tus perras—... Anduvimos unos cien metros de la Iglesia y el muchacho siempre detrás, queriendo hacernos desistir. Pero a nosotras poco nos importaba.

Por el camino les acompañaron también otras personas, además de Jacinta y Francisco, que volvían de la Iglesia y de los que hacía ya dos horas estaban esperando junto a la casa de María Rosa.

Lucía iba llorando, pues el desdén de su madre y hermanas, que se habían negado a acompañarla —no sospechaba que su madre pudiera tener la resolución de seguirla a ocultas de ella misma—, le llegó al alma, y más viéndose ahora forzada a cruzar el pueblo rodeada de gente desconocida, que la asediaba a preguntas, muchas de ellas impertinentes.

No llores le decía Jacinta, ¿No te acuerdas que nos dijo Nuestra Señora que tendríamos que sufrir y ofrecer sacrificios por la conversión de los pecadores y en desagravio de los ultrajes hechos al Inmaculado Corazón de María?

Lucía secó sus ojos, y los tres siguieron animosos su camino, acompañados de aquel para ellos extraño e imprevisto cortejo.

Llegados por fin al lugar de la esperada cita de la Reina del Cielo se encontraron allí aún con más gente que les estaba aguardando.

Es digna de atención la manera sencilla y espontánea con que narra sus impresiones una de las almas afortunadas, atraídas en esta ocasión a aquel lugar por el imán de lo sobrenatural. Permítanos el lector copiarlas del libro del P. Marchi titulado “Era una Señora más brillante que el Sol”, aunque la cita resulte un poco larga: “Habían pasado dos o tres días después de la primera Aparición, refiere María Dos Santos Carreira, más conocida entre sus amistades por el sobrenombre de María de la Capelinha, cuando un día me dijo mi marido el volver de escardar en el campo con el padre de Lucía que éste le había contado que Nuestra Señora se había aparecido en la explanada de Iría a su hija menor y a dos hijos de su hermana Olimpia, la que está casada con el tío Marto, y que la Señora les había prometido volver allí todos los meses hasta octubre.

Yo entonces le contesté: Pues yo he de saber si esto es o no es verdad. Yo también he de estar allí el día de la cita... Pero ¿dónde está el valle de Iría?... Si está a diez minutos de aquí... Pero nunca había andado yo por allí, que entonces no tenía el lugar ninguna importancia... Mi marido me indicó dónde estaba y añadió: ¿Quieres, tonta, que vayamos allá? ¿Piensas que también a ti se te va a aparecer la Virgen?

Ya supongo que no la veré, le dije, pero si nos dijeran que iba a pasar el rey, nadie se quedaría en casa. Dicen que va a pasar Nuestra Señora, y ¿nada hemos de hacer por ir a su encuentro?

Así que yo de ninguna manera quería faltar en cova de Iría el 13 de junio. La víspera por la noche dije a mis hijas: ¿Y si fuéramos mañana a la nava de Iría antes que a San Antonio?...

En la nava de Iría, decían ellas ¿qué vamos a hacer? No, más vale ir a San Antonio.

Entonces me dirigí a mi Juan enfermito: Y tú ¿quieres ir a la fiesta o venirte conmigo?

—Yo, contestó, voy contigo.

Al día siguiente a la Cova de Iría me fui con mi Juan, apoyado en un bastón... No se veía alma viviente. Seguimos entonces por el camino por donde habían de venir los niños. Allí nos sentamos hasta que vi venir una mujer de Loureira, que se quedó admirada de verme allí, porque sabía que estaba yo enferma y que necesitaba guardar cama.

—¿Qué hace V. aquí?, me preguntó.

—Lo mismo que viene V. a hacer, le respondí.

Momentos después llegó un hombre de Lomba de Egua, y hablamos cosa parecida.

En seguida aparecieron algunas mujeres de Boleiros, a las que pregunté si venían huyendo de la fiesta.

—No faltó quien se riese de nosotras, contestó una, pero no hay que hacer caso. Ahora queremos ver qué es lo que aquí pasa.

Fue viniendo más gente, hasta que llegaron los niños, a los que Nuestra Señora se había aparecido... Entonces fuimos todos para abajo, hasta la encina. Lucía se detuvo unos metros enfrente de ella y púsose a mirar hacia el oriente. Todo estaba callado. Entonces yo pregunté a Lucía: Niña, ¿cuál es la encina donde se apareció Nuestra Señora?

—Mire, aquí puso sus pies, y con la mano tocó su copa, que era árbol pequeñito, de un metro de altura poco más o menos y en la fuerza del crecimiento; las ramas estaban todas tiesas, muy derechitas, muy tiernas, muy bonitas.

Lucía se desvió un poco y se dirigió nuevamente hacia el lado de Fátima, poniéndose al fin a la sombra de una encina grande. Todo estaba en calma.

A medida que el tiempo iba pasando, Lucía iba poniéndose más seria, más pensativa. Jacinta, en cambio, no hacía más que saltar, y le decía su prima: Estate quieta, Jacinta, que Nuestra Señora está para llegar... Estaba la niña a la mira de las señales.

Rezábamos el Rosario, y cuando íbamos a empezar la letanía, Lucía interrumpió diciendo que ya no había tiempo de rezarla. Inmediatamente se puso de pie y gritó: Jacinta, allá viene Nuestra Señora, que ya se ha visto el relámpago.

Corrieron los tres para la encina y nosotros detrás de ellos, y nos arrodillamos en el suelo como pudimos entre los matorrales y matas. Lucía levantó las manos como en oración, y yo le oí decir: “Me mandasteis venir aquí; tened la bondad de decirme qué queréis”.

Entonces empezamos a oír una cosa así como una voz muy fina, pero que no se entendía lo que decía”.

Lo que las cincuenta personas, extrañas a la Revelación, allí reunidas, no pudieron percibir, lo manifestó luego la que tuvo la suerte de dialogar con la Reina de los ángeles:

“Quiero que volváis aquí el día 13 del mes que viene, y que recéis el Rosario intercalando entre los misterios la jaculatoria ¡Oh Jesús mío, perdónadnos, libradnos del fuego del infierno, llevad al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de vuestra misericordia!

Quiero también que tú aprendas a leer. Te diré más tarde qué más quiero.

Animose la niña y le pidió la curación de una persona, por quien le habían sugerido que se interesara ante la celeste Visión.

—*Si se convierte curará dentro del año*, le respondió.

—Quería pedirlos también que nos llevarais pronto a los tres al cielo.

—*Sí, a Jacinta y a Francisco pronto me los llevaré. Tú, empero, debes permanecer más tiempo aquí abajo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A los que la abracen prometo la salvación eterna; estas almas serán predilectas de Dios, como flores colocadas por mí ante su trono.*

Por consiguiente ¿debo quedarme yo sola?, preguntó entristecida, mientras su mente se iría quizás tras el recuerdo de los contratiempos y contradicciones que las mismas revelaciones del cielo le habían ocasionado.

—*No, hija mía. ¿Sufres mucho?... No te desalientes. Yo no te abandonaré jamás. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios.*

Al decir estas palabras abrió de nuevo sus brazos, como ya lo había hecho en el mes anterior, y de su pecho salió otra vez aquella luz intensísima y clarísima, de que ya habían gozado en la primera Aparición, que entendían significar la gracia de Dios, que después de él, en el Corazón sin mancha de su Madre tiene su primer remanso a favor nuestro y en cuyo desbordamiento de amor se veían ellos entonces felizmente inundados.

En aquella luz nos veíamos sumergidos en Dios, escribía más tarde Lucía. Jacinta y Francisco parecían estar en aquella parte de la luz, que se dirigía al cielo, y yo en la que se propagaba hacia el suelo. Delante de la palma de la mano derecha de la Señora había un Corazón rodeado de espinas, que parecían penetrar en él como clavos. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de la Humanidad, por los cuales se le debe hacer reparación.

Cuando hubo terminado esta gran Revelación del Corazón de María, bajo los aspectos de fuente de gracia, blanco de humanos ultrajes y objetivo de nuestra reparación, la Celestial Señora, rodeada de luz que de Ella misma procedía y que la envolvía en sus claridades, se elevó del arbolito y se deslizó rápidamente hacia el Oriente, de donde había venido, hasta que desapareció de la vista.

Todos los que estaban junto a la carrasca, que le acababa de servir de pedestal, observaron entonces que sus hojas se movían hacia la misma dirección, como agujas imantadas hacia su Norte.

Los afortunados pastorcitos seguían mirando también el cielo en dirección hacia el Este.

Todos los circundantes quedaron muy sobreexcitados, porque, aunque ninguno de ellos había gozado de la Aparición, como los niños videntes, era claro para todos que algo extraordinario había acaecido en su presencia.

Unos hacían diferentes preguntas a los pastorcitos. Otros discutían entre sí. Los más querían llevarse hojas del arbolito afortunado, que había servido de peana a la celestial Reina, sobre todo las que al contacto de sus virginales pies parecían haber cedido a su dulce peso, o se habían orientado hacia Ella al volverse al empíreo. Muchos afirmaban haber visto una nubecilla blanca que se elevaba en el aire siguiendo la misma dirección en que decían los niños se iba la Señora. Todos estaban contestes en que algo sobrenatural acababa de suceder allí y que no era posible, correcto ni justo

seguir calificando de mentirosos a los tiernos confidentes de la Santísima Virgen.

Recemos el Rosario, se oía decir a derecha e izquierda. No, la letanía, interrumpían otros, que el Rosario ya está rezado.

Mientras iba subiendo al cielo tanto la una como la otra de las dos devociones, se formaron diferentes grupos en dirección hacia sus respectivos hogares, hasta que por fin dejaron solos a los niños videntes.

Esta soledad era lo que ellos anhelaban para poder cambiar libremente impresiones entre sí, fuera del bullicio y curiosidad de la multitud. Francisco especialmente tenía que hacer muchas preguntas a las niñas. Como en el mes anterior él había tenido la suerte de ver a la celestial Mensajera del cielo. Pero no había percibido ninguna de sus palabras, ni conversado con Ella, ni entendido porqué había querido convertir en un pedazo de cielo y de modo tan desusado aquel pobre lugar de pastoreo.

¿Por qué estaba la Virgen con un Corazón en su mano, preguntaba afanoso a su prima, al esparcir sobre nosotros aquella luz tan grande, que es Dios? Tú estabas con Nuestra Señora en la luz que yo vi sobre el suelo, mientras Jacinta y yo íbamos hacia el cielo por tan clara senda de luz. ¿No parece dar aquí por supuesta, y como vista por los tres, la fuente de tanta claridad en la mano de la celestial Madre?

—Esto se explica así, le contesta la improvisada, aunque por lo visto diestra directora del espíritu: Tú y Jacinta vais pronto al cielo, y yo me quedo con el Corazón Inmaculado de María más tiempo en la tierra. Luego también ella ve en el Corazón Inmaculado el foco originario de tan intensa y plácida luz.

Mucho nos complace poder comprobar aquí cómo los afortunados videntes, iluminados por las cordimarianas claridades en que se habían visto y en que se acababa de reflejar también su porvenir temporal y eterno, comprendían bien cuan gran valor puede tener el lenguaje simbólico en las Revelaciones de lo alto. “Yo creo, escribe Lucía, que la luz de este día nos dio conocimiento y amor íntimo del Corazón de María; y la del mes anterior nos había infundido mejor conocimiento y amor de Dios”.

—¿Cuántos años permanecerás tú aquí?, siguió preguntándole Francisco.

—No lo sé. Muchos.

—¿Fue Nuestra Señora quien lo dijo?

—Así fue. Yo lo vi en aquella luz que nos dio en el pecho, de su Corazón al nuestro.

—Eso es verdad, añade por su parte Jacinta. Yo también lo he visto así.

Dulce respuesta y feliz presagio para los tres afortunados chiquillos. Sea cual sea la personal misión de cada uno, los tres quedan en Dios y en aquella divina claridad, de que es fuente y venero el Corazón sin mancha de su dulce Madre en la respectiva senda, larga o corta, de cada uno hacia la eternidad feliz.

No olvidemos, empero, caro lector, que las Revelaciones de Fátima no pueden tener por objetivo principal la salvación de tres rapazuelos. Su verdadera meta es la salvación de todo el mundo, como bien a las claras lo asegura la misma celestial Madre en esta ocasión: “Mi Hijo quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón, y quiere tener por este medio en la tierra almas predilectas, como flores puestas por mis manos ante su trono, a las que promete la perseverancia final en el camino del bien”.

Todos los hombres sin ninguna distinción, los justos y los pecadores, están invitados a gozar de tan feliz suerte por la senda del cumplimiento de la divina ley; iluminada por el faro de resplandores que la Virgen tiene en sus manos, que es su mismo Inmaculado Corazón.

Más preguntas hubiera podido hacer Francisco a las niñas copartícipes de su dicha. Añadamos una por nuestra cuenta: ¿Por qué la Santísima Virgen, que abrió sus brazos ante ellos y los inundó en luz divina tanto en la primera como en la segunda de sus Revelaciones, sólo en ésta, y no en aquélla, les manifestó y ofreció externamente visible, y por su propia mano, la fuente de tan viva claridad en su mismo Inmaculado Corazón? ¿Por qué había de presentarlo a nuestra consideración coronado de espinas?

Fátima es el mejor camino, la gran autopista por decirlo con más exactitud y en términos del día, para llegar fácilmente y sin peligro de errar al verdadero conocimiento y amor del Corazón de María. No siempre puede llegarse desde el primer día al término de un viaje de suma importancia. Si de una sola vez les hubiese enseñado a ellos, y por ellos a nosotros, todo el contenido de la devoción cordimariana, que por su medio quería revelar al mundo, fácilmente se habrían embrollado las ideas en su mente y en la nuestra. La divina Madre, como buena Maestra, tenía que proceder gradualmente en sus enseñanzas. En la primera Aparición ven los

analfabetos pastorcillos que los rayos de luz, que los sumergen en Dios, salen de entre los brazos, o del pecho, de la divina Madre. En la segunda tan diestra Institutriz les da una práctica lección de cosas, para precisarles mejor la fuente y el manantial de tan dulces claridades en el Corazón que contemplan en su mano, saturado de oprobios por los pecados de los hombres, que como espinas le atormentan, a pesar de ser para todos Corazón de Madre y fuente de eterna dicha, y que por lo mismo es necesario desaguarla, y reparar tantos ultrajes y corresponder agradecidos a tan gran amor.

Un siglo antes en París procedió de modo semejante en la Revelación de la Medalla Milagrosa. En París, como en Fátima, vemos toda una serie de Apariciones y que en la segunda de cada lugar, no en la primera, ostenta visible y externamente su Corazón como fuente de vida sobrenatural y de lumínicas gracias.

Y no terminará aquí el cursillo intenso de Pastoral Cordimariana, que desea darles. Algo nuevo les reserva para otras Apariciones, especialmente para la última, como la misma celestial Maestra les irá previniendo y augurando y hasta en parte precisando y delineando en algunos detalles en todas y cada una de las siguientes, anteriores a la de octubre.

Ocupados en los dulces coloquios que el caso requería y satisfecha en parte la curiosidad de Francisco, iban recorriendo tan analfabetos pastorcillos como aprovechados discípulos de la escuela de María, el camino que les separaba de su casa.

Llegados a ella ¿qué podían desear sino hacer participantes a sus padres y hermanos de la inefable dicha que embargaba su alma y todo su ser?

Cuando los dos pequeñitos irrumpieron, llenos de alegría, en su hogar, hacía muy poco que habían llegado sus padres con el nuevo par de bueyes, que habían ido a comprar en la feria de Pedreira. Los demás miembros de la familia estaban también allí, pasados ya los anuales festejos de Fátima.

—Hoy hemos visto de nuevo a la Señora, gritó Jacinta por todo-saludo al ver a su madre y corriendo hacia ella.

—¿Qué tontería! Pero ¿qué Señora es esa?

—La Señora hermosa, que el mes pasado vimos en la explanada de Iría.

—¿Hermosa? ¿Es tan hermosa como aquella Santita de la Iglesia (Santa Quiteria), que tiene tantas estrellas en el manto?

—Más, muchísimo más.

—¿Como la Virgen del Rosario de la Iglesia?

—Todavía muchísimo más.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Que rece el Rosario y que vaya allí todos los meses hasta octubre.

Lucía se dirigió sola a los suyos, más pensativa y reservada, en la previsión de nuevas contradicciones. Con todo tenía el consuelo de saber que no tenía que temer males insoportables, pues, a pesar de todo, la celestial Señora cumpliría su palabra de no abandonarla y de ser su refugio y su camino recto y seguro hacia Dios.

Lo peor era que tenía que dar a su madre un encargo recibido aquel mismo día de parte de la celestial Señora de la verde encina: quería que aprendiera a leer.

—...Con que ¿a la escuela?, le contestó con tono sarcástico al oírlo de labios de la niña. ¡Lo que le importa a la Señora que tú aprendas a leer y a escribir...! Y ¡qué vergüenza, siguió comentando, hayan ido cincuenta personas por tu culpa a la cova de Iría, que muchos crean en tus necias revelaciones y que la fama de tus embustes se extienda cada día más entre la gente!

Pero no pasó de aquí la buena mujer, por más que algo peor barruntaría su hija.

Admirable es la Providencia del Señor, que puede verse reflejada hasta en los menores detalles de este día, como las bellezas del sol naciente se reflejan en las pequeñas perlas de rocío que la noche ha ido depositando en el cáliz de las flores.

¿Dónde estuvo en este día la intransigencia absoluta, de que en otras ocasiones hizo gala María Rosa? ¿Para cuándo había de reservar el argumento contundente de sus castigos y del palo de la escoba? ¿Por qué no para este día, que parecía el llamado a ser decisivo en favor o en contra de las apariciones? ¿Quién le sugirió la idea de que con sólo hablar a Lucía de la fiesta de San Antonio, de su música y de sus meriendas cedería del todo la marea familiar y popular?

Y su cuñada Olimpia, que tampoco acababa de dar crédito a sus hijos, bien hizo en dejarles seguir libremente su camino, alejándose de su presencia en aquel día. Ellos entre las alegrías de los festejos populares, propios del Santo Patrono del pueblo y las que esperaban recibir en la Cova de Iría ya tenían hecha la elección desde un mes antes. Jacinta se la había expresado repetidas veces a su madre con infantiles, aunque también certeras y bien calcula-

das, expresiones como esta: “En el valle de Iría se aparece Nuestra Señora, tan linda..., tan linda...”. “San Antonio no es tan bonito”.

Por su parte las cincuenta personas que habían acompañado a los niños al lugar santificado por la presencia de María, serían sin duda en lo sucesivo apóstoles y difusores populares de la nueva devoción, que empezaba a germinar.

“Llegamos a Fátima, declara María de Capelinha, precisamente cuando la procesión andaba por las calles. Luego se fue dando cuenta el pueblo de la gente que de nuestro lado venía, y a los que preguntaban de dónde veníamos, les contestábamos que de la nava de Iría, y que estábamos muy satisfechos de haber ido allá. Muchos tuvieron pena de no haber hecho lo mismo, pero ya era tarde y no les quedó más consuelo que el propósito de acudir otros meses a la sobrenatural cita, en esperanza de lo que allí pudiera suceder.

El movimiento fatimista, capaz de transformar el mundo, empezaba a dar muestras de sí.

VIII

EL APOSTOLADO DE LUCIA, LA PASTORCITA DE FATIMA, Y EL NUESTRO

La Santísima Virgen en su segunda Aparición del valle de Iría dio a Lucía, entonces pastorcita analfabeta, un encargo evidentemente muy superior a sus posibilidades naturales o humanas. “Mi Hijo quiere servirse de ti, le dijo, para hacerme conocer y amar; El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón”.

Y ¿qué medios le da para llenar satisfactoriamente tan elevada, extensa y hasta mundial misión?

Sólo su protección maternal: “Mi Corazón Inmaculado será tu refugio, le añade, y el camino que te conducirá a Dios”.

Cierto que también le dijo que deseaba aprendiera a leer. Pero ¿qué es esto para tan sublime cometido? Por lo demás, de momento, tampoco le está permitido franquear la entrada de la escuela. ¿Cómo podrá pensar en letras, mientras su madre la mande al monte, con el hato de sus ovejas, en compañía de otros pastorci-

llos más ignorantes que ella?

Cuando Dios escoge a alguien para lo que supera sus habilidades personales, suele ser para que se vea que es el mismo Dios quien llevará adelante lo que sea, no la persona humana, escogida sólo para instrumento de la obra de Dios, por más que el hombre tenga que aportar quizás también su esfuerzo. Así se escogió el Señor humildes pescadores para Apóstoles y Evangelistas o Profetas. ¿Por qué no se ha de poder escoger niños o humildes almas religioso-conventuales, si así le place hacerlo, aunque fuera para bien de todo el mundo, como en este caso de Lucía de Fátima así acontece?

Frecuentemente lo que más da que sufrir a los Apóstoles y enviados del Señor es la indiferencia y falta de colaboración de los suyos, y hasta quizás de los mismos representantes de Dios, que también necesitan pruebas claras y patentes, que no siempre tendrán a su alcance, para hacerse debido cargo de los designios de la Providencia.

Lucía sabe que la Santísima Virgen quiere que vaya a la escuela para aprender siquiera las primeras letras, aunque no le determinó cuándo ni cómo debería hacerlo. Más tarde necesitará escribir sus Memorias para darnos a conocer las vías del espíritu y la santidad heroica de sus compañeritos de pastoreo, o tendrá que escribir quizás al Sr. Obispo de Leiría o al mismo Supremo Jerarca de la Iglesia para exponerles lo que para ellos especialmente Dios o su celestial Madre le habrán comunicado. Y no obstante tiene que obedecer a su madre que día tras día, y mes tras mes, la manda al monte con su rebaño, muy segura y convencida de que las llamadas revelaciones de su hija son puras mentiras.

Más tarde, ya Religiosa, verá pasar con pena los meses y los años, aunque indudablemente sin culpa de nadie, sin que la autoridad competente acabe de decidirse a dar cumplimiento a lo que ella creía debía hacerse. Difícilmente puede apreciarse en sus justos límites la honda y sumisa amargura contenida en estas palabras de una carta dirigida al Sumo Pontífice Pío XII en 1940: "Vengo, Santísimo Padre, a renovar una petición, que ya fue elevada varias veces a Vuestra Santidad. La petición, Santísimo Padre, es de Nuestro Señor y de Nuestra Madre del cielo. En 1917... la Santísima Virgen reveló el fin de la guerra que entonces afligía a Europa y anunció otra futura, diciendo que para impedir la vendría a pedir la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón y la Comunión

reparadora de los Primeros Sábados...; pero hasta el día 13 de septiembre de 1939 hemos tenido que esperar a que el Sr. Obispo de Leiría se decidiera a hacer pública en Fátima esta petición de Nuestra Señora, dándole su aprobación canónica”.

Las obras de Dios son así. Van a su meta por sus propios pasos, siempre firmes y seguros, aunque sea a las veces por caminos lentos y pedregosos, pues Dios mismo vela sin duda en su amorosa Providencia hasta para que medie el debido tiempo entre sus revelaciones y las decisiones de sus representantes en secundarlas, para evitar en el pueblo fiel la impresión de precipitación o de falta de reflexión en decisiones de trascendencia. Detalle es éste que muchas veces ignorará el vidente, o que Dios habrá dejado confiado a la prudencia y responsabilidad de la competente autoridad.

Por suerte nuestra, en la actualidad hace ya años que la devoción fatimista ha recorrido victoriosamente el primer trayecto de su laboriosa senda. Definitivamente aprobada y bendecida por el Sumo Pontífice y recomendada por todos los Obispos, necesita ahora numerosos Apóstoles que la practiquen y la difundan por doquier. Todos los que sientan en su corazón una chispa siquiera de amor a María y a las almas y hasta al simple bienestar terrestre, deberían tomar decididamente parte en el Apostolado Cordimariano, que el mundo actual necesita en absoluto para salir airoso de los innumerables peligros que le acechan y sobre todo para poner en camino de salvación eterna a muchos extraviados. “Mi Hijo quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. El quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón”. Aunque estas palabras fueron dirigidas principalmente a Lucía, los tres pastorcitos se dieron por enterados y aludidos, comprendiendo que Dios no iba a servirse de una sola alma para obrar tan trascendental cambio de decoración moral en todo el mundo. Por eso los tres ofrecían a la continua muy heroicos sacrificios para obtener del cielo la conversión de los pecadores, y la paz del mundo, para desagraviar al Señor y al Inmaculado Corazón de María por los pecados de los hombres, etc.

Por nuestra parte, nos permitimos creer que si muchos de nuestros lectores repasaran mentalmente los favores que de la Reina del cielo tienen indudablemente recibidos a lo largo del corto o dilatado trayecto de su propia vida, fácilmente se convencerían de que pueden tener para con Ella notables deudas de gratitud, que en

grande o en pequeño podrían sin duda saldar por medio de su cooperación personal al Apostolado del día, del Inmaculado Corazón.

Quizás con objeto de que todos vieran mejor esta verdad, para la realización de sus deseos en un asunto tan importante, tan fatimista y cordimariano, y hasta tan crucial y decisivo en la historia como es la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, Dios, a lo que parece, en los inescrutables juicios de su Providencia se quiso servir, más que de la humilde vidente de Fátima, de otra alma igualmente grande ante él, aunque también desconocida e ignorada en el mundo.

Un día hablando el Señor con su confidente Alejandrina María de Costa, le decía: “Yo en otra ocasión pedí la consagración del mundo a mi Corazón divino. Hoy la pido para el Corazón Inmaculado de mi santa Madre”.

A Lucía dos Santos le hablaba el Señor de la consagración de Rusia al Corazón Inmaculado; a María de Costa de la consagración del mundo al mismo. Una y otra trabajaron unidas, aunque sin conocerse, en la elaboración de la aurora del reinado del Corazón de la Madre de Dios en el mundo.

Las dos sufrieron no poco por la tardanza, que ambas creían excesiva, en la realización de sus respectivos y en gran parte idénticos ideales. Hablando Jesús de ellos a María de Costa, la consolaba en su aflicción con estas palabras: “No temas; mis deseos se cumplirán. La consagración se efectuará en Roma. El Santo Padre le consagrará el mundo, la invocará como Reina del mundo. Después los Sacerdotes harán lo mismo en todas las Iglesias...”.

Después de estas comunicaciones pasó todavía un año sin que tales deseos y anuncios del Señor fueran notificados a la Santa Sede. Jesucristo, hablando de nuevo con su confidente, se quejó de esta tardanza y le ordenó hacer llegar al Romano Pontífice la manifestación de su voluntad. “De otro modo, le añadió, el actual azote de la guerra y persecución religiosa de España, se extenderá al mundo entero”. Buena prueba de las graves responsabilidades que ante Dios pueden a las veces tener sus mismos amigos y lugartenientes.

Ante esta urgencia del cielo, el Director espiritual de Alejandrina María escribió al Cardenal Pacelli, Secretario de Estado de Pío XI, dándole sucinta referencia del caso y dejando a su prudencia el trasladarla o no al Santo Padre. Poco después el Santo Oficio

pidió informes al Obispo de Braga, diócesis a la que pertenecía la desconocida confidente del Señor, y encargó al Nuncio Apostólico de Portugal el examen de las posibles confidencias sobrenaturales del caso.

Pero pasaban los días, y hasta algunos años, sin que los hechos respondieran, al parecer, a los revelados designios de la Providencia. María de Costa en íntima comunicación con su divino Esposo, le decía: “¡Oh Jesús mío! Me parece que el Santo Padre no nos escucha a Vos, ni menos a vuestra humilde sierva”. “Puedes estar tranquila, le contestó el divino Maestro, la cosa sigue su curso, el Santo Padre me escuchará, y en premio entrará en el cielo sin pasar por el Purgatorio. Llegará, llegará el día de la glorificación de mi Madre”.

A 22 de mayo de 1942, medio año antes de la consagración del mundo al Inmaculado Corazón, Alejandrina María Costa, en pleno arrobamiento repetía estas palabras: “¡Gloria, gloria, gloria a Jesús! ¡honor y gloria a María! El corazón del Santo Padre, corazón de oro, está decidido a consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María. ¡Qué dicha!, ¡qué gozo!. Guarda, guarda, Virgen Madre, a todos tus hijos en tu Corazón Santísimo”.

Como si el cielo se hubiese querido hacer eco de la predicción de María Costa sobre la glorificación del Papa de Fátima, sólo nueve días después de su muerte, se le atribuyó en Granollers (Barcelona) un gran milagro por la curación instantánea y total de un Religioso Escolapio, allí residente, que se hallaba en trance de muerte inminente, a causa de una afección cancerosa en la garganta. El caso está documentado en la curia arzobispal de Barcelona y en el Vaticano.

La ejemplaridad fatimista de Pablo VI ha continuado y en parte superado la de su predecesor Pío XII, por haber consagrado el mundo al Inmaculado Corazón de María, a una con todos los Obispos de la Iglesia, en pública Asamblea Conciliar, en la que declaró además a María Madre de la Iglesia, y por su ulterior peregrinación al internacional Santuario de la paz del mundo, en demanda de paz para toda la Iglesia y para toda la humanidad.

TERCERA APARICION, MUY DENSA EN CONTENIDO DOCTRINAL Y PROFETICO

El trece de mayo y el trece de junio habían sido para los afortunados pastorcillos de la Virgen, días de cielo. Jacinta y Francisco iban contando los que faltaban para llegar a trece de julio, seguros de gozar por tercera vez las inefables delicias que consigo se traía la bella Señora de la vertiente de Iría.

Pero no hay rosa sin espinas, ni alegría sin penas. Las de su compañera de pastoreo y de anterior dicha eran ahora de las más amargas. Tanto le decían y repetían su madre y hermanas que sus visiones podían ser un gran ardid diabólico, como opinaba el Sr. Párroco, que a la pobre niña se le iba calando en los huesos el temor de que así pudiera ser.

De aquí que a doce de julio, vigilia de la anhelada y temida fecha, cuando ya empezaba a llegar gente de los pueblos vecinos y no se hablaba de otra cosa que de la supuesta entrevista de la Reina del cielo con los tres niños, fuese verdadera o no lo fuera, que para todo había opiniones, ella se dirigió decidida a sus primitos para comunicarles su resolución de no volver más al lugar de su mensual cita.

—Pues, nosotros iremos, contestaron los pequeños, mañana y todos los meses hasta octubre. Aquella Señora nos mandó ir allá. Yo hablaré con Ella, decía resuelta Jacinta.

Pero luego empezó a llorar.

—¿Por qué lloras, Jacinta?, le pregunta su prima.

—Porque tú no quieres venir con nosotros a la Cova de Iría.

—No, yo no voy, y si la Señora pregunta por mí, decide que no he ido con vosotros, porque me temo que sea el diablo.

Y corrió a ocultarse para huir de las personas que la buscaban para interrogarla.

Pero la Santísima Virgen por encima de todo había de cumplir su promesa de no abandonarla y de ser su refugio. Al día siguiente una fuerza interior, que ella no acierta a explicar, la mueve a ponerse en camino, al mismo tiempo que sus dudas y temores se disipan como por ensalmo.

Pasa por casa de su tío Marto y encuentra a los primitos arrodillados junto a una cama anegados en un mar de llanto y rezando por ella a la Virgen a fin de que la mueva a acompañarles a la sobrenatural cita.

—Pero ¿no vais a Cova de Iría?, les pregunta.

—Sin ti no nos atrevemos a ir solos. Anda, ven...

—Sí, ya voy ahora mismo...

Y alegres como unas Pascuas se dirigen los tres a través del abigarrado gentío, que llena ya el camino, a su cielo en la tierra.

La madre de los dos más pequeñitos viéndolos partir decididos y temiendo por ellos, corre a casa de su cuñada y le grita afligida en extremo: María Rosa, vayamos también allá nosotras, que ya no volveremos a ver más a nuestros hijos. Nadie sabe lo que puede pasar... Que nos los pueden matar...

—Déjalos. Si es cierto que se les aparece Nuestra Señora, Ella los defenderá; si no lo es, no sé lo que pueda ocurrir...

Pero, por fin, se decide a acompañarla, aunque a condición de armarse una y otra con un buen cirio bendito y una caja de cerillas para estar pertrechadas contra los diablos que por allí merodear pudieran.

Llegan las buenas aldeanas, a través de campos y prados y malos caminos al lugar de los discutidos sucesos del día y se esconden detrás de unos matorrales con la vela en una mano y la caja de cerillas en la otra, por si precisara escudarse en el sobrenatural broquel, al acecho de lo que la suerte o la desgracia les pueda tener reservado para aquel temido día.

Manuel Pedro, en cambio, convencido de la verdad de las apariciones, procuró acercarse cuanto pudo a la bendita encina, pedestal de la Madre de misericordia.

No era fácil llegar a tan codiciado lugar, centro entonces mismo de un gran gentío.

Pero dejemos la palabra al afortunado labriego, padre de tiernos niños, santificados por la Reina del cielo.

“¡Cuántas veces había dicho yo a mi cuñada María Rosa: si el pueblo dice que estas cosas son invenciones de los Curas, nadie sabe mejor que nosotros que esto no es así!... Nadie les arrastra. ¡Y el Sr. Cura...! Está en la suya, en que pueden ser cosas del demonio... Y así pensando me puse en camino. ¡La gente que para allá iba...! Aunque yo no divisaba a los niños, por los indicios de la multitud, adivinaba que iban delante.

En parte me convenía a mí venir acá atrás; pero cuando llegué allá abajo no me pude contener; lo que quería era estar cerquita de ellos.

Pero ¿cómo? No se podía atravesar por ningún lado. ¡Era el poder del mundo!... En éstas, dos individuos, uno de aquí y otro de Ramila, hicieron un círculo o cadena, cogidos por las manos, alrededor de los niños para que estuvieran más libres de codazos y empellones y al verme allí me cogieron de un brazo diciendo: éste es el padre; ¡adentro!

Y vine a quedarme cerquita de mi Jacinita.

Lucía, arrodillada un poco más adelante, pasaba las cuentas del Rosario y todos respondían en alta voz. Acabado el rezo, se levanta, mira hacia el oriente y grita: Descúbranse, descúbranse, ¡que ya viene Nuestra Señora! Otra vez viene de oriente: llamada a aquellas gentes.

Yo, por más que miraba, no la veía. Sí que observé algo así como una nubecilla cenicienta que se detenía sobre la encina, al mismo tiempo que disminuía notablemente la luz del sol y empezaba a correr aire tan fresco que era un consuelo. No parecía que estuviéramos en pleno verano. La gente estaba tan silenciosa que impresionaba.

Entonces empecé a oír un rumor, un ruido muy suave. Pero ninguna palabra. ¿Qué es esto!, me decía. ¿Tiene esto lugar lejos o aquí mismo?

Todo ello fue para mí una estupenda prueba del milagro”.

Lo que vio y oyó Manuel Marto lo vieron y oyeron todos los circunstantes, que no bajarían de cuatro a cinco mil almas. Aunque sólo los niños videntes gozaron de la presencia de la sobrenatural Visión, algo extraordinario acababa de pasar allí mismo y se llevaron a sus hogares el convencimiento de que el cielo había cumplido su palabra de bajar por tercera vez a aquel ya bendito lugar.

Si así gozó la multitud de la presencia de lo sobrenatural muy imperfectamente sentido y barruntado ¿cómo la gozarían los niños videntes, que como en los meses anteriores pudieron contemplar con toda claridad a la Reina del cielo allí mismo sobre el pedestal de la humilde encina? Una paz inenarrable, una inmensa alegría inunda sus corazones, especialmente el de Lucía, sobre quien la Virgen parece fijar especialmente la mirada, como para decirle: “Soy yo... y vengo del cielo, como ya te dije en nuestro

primer encuentro... En el infierno no hay tanta belleza, tanta bondad tanta dulzura. No puede el demonio animar a la gente a rezar el Rosario ni a rogar por la conversión de los pecadores... ¡Sólo en el cielo brotan esas flores!...”.

Entonces la afortunada niña se decide a preguntar: ¿Qué queréis de mí?

—*Quiero que vengáis los tres el 13 del mes próximo, que continuéis rezando el Rosario todos los días en honra de Nuestra Señora del Rosario para obtener el fin de la guerra y la paz del mundo, que sólo Ella puede obtener de Dios.*

La niña se acuerda de los temores que la han atormentado de que, como el Sr. Cura opina, puede ser aquello cosa peligrosa, de las dudas y burlas de su propia madre y de muchos vecinos... y cree que vale la pena de aprovechar tan buena ocasión para acabar con tanta contradicción y con tan duro jaleo popular.

—*Quisiera suplicaros, le dice, que nos dijerais quién sois y que hicierais un milagro para que todos crean que os habéis aparecido.*

Continuad viniendo todos los meses hasta octubre, contesta la célica visión.

En octubre os diré quién soy y lo que quiero. Y haré un milagro a todos visible para que todos puedan creer.

Le ruega entonces por varios enfermos que le habían pedido se interesara por su salud.

La Señora le responde que curará a algunos, pero no a todos, pues Ella sabe bien lo que mejor conviene a cada uno, como también su tenor espiritual de vida o muerte. Del enfermito, hijo de María Carreira, dice que no le curará, pero que rece el Rosario todos los días y le protegerá. El será más tarde el primer sacristán de la Capillita de las Apariciones.

Uno de los enfermos recomendados pedía la gracia de ir pronto al cielo.

—*Que no tenga prisa,* contestó la divina Madre, *ya sé yo cuando he de venir por él.* Bien agradecido podía quedar a tan dulce promesa.

De otros dice que curarán dentro del año, si se convierten y rezan el Rosario.

Les recomienda de nuevo el espíritu de sacrificio y les revela un nuevo secreto, que por la malicia de los hombres y por el empeño de muchos en sorprender a los inocentes niños, para hácerselo revelar o sonsacárselo, les dará no pocas oportunidades de

ofrecer nuevos sacrificios y de crecer por ellos en nuevos quilates de virtud, que era indudablemente lo que la celestial Madre pretendía, para poderse llevar pronto consigo a la gloria a los dos más pequeños con muy bella corona de méritos y para disponer también cuanto antes a Lucía para la altísima misión que le estaba reservada de muy providencial heraldo de la devoción al Corazón Inmaculado en estos últimos tiempos.

En las dos Apariciones anteriores al abrir ente ellos los brazos, inundándolos en un mar de luz divinal, les hizo gozar momentos de cielo viéndose en Dios y viendo a Dios en sí mismos, saboreando así las inefables delicias, de que para el alma en gracia es fuente inexhausta el Corazón Purísimo de la mejor Madre.

Convenía ahora en esta nueva lección de julio mostrarles el anverso de tan célica medalla, haciéndoles ver directamente, no los bienes que contiene, sino los males de que nos libra el amor y devoción al mismo Inmaculado Corazón. Así, por vía de contraste, podrán conocer mejor los dos aspectos contrarios de tan dulce amor, cosa muy conveniente para todos, pero muy especialmente para ellos, que en los planes divinos han de ser sus muy destacados apóstoles y protagonistas del misterio de Fátima.

Ya les acaba de decir que sólo Ella puede valernos para librar a los hombres del azote de la guerra, que bien merecido tienen. No es poco. Valía la pena de bajar del cielo a la tierra para precavernos contra tan grave mal.

Pero el caso es que hay otros muchos peores y mucho más catastróficos e irreparables que los de la peor de las guerras, en los que incurren a la continua incontables desgraciados.

—Sacrificaos por los pecadores, sigue diciéndoles, y decid muchas veces, especialmente siempre que hagáis algún sacrificio: Oh Jesús, es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María.

Al decir estas palabras abre de nuevo los brazos, como en los dos meses anteriores y les inunda de nuevo en la luz divinal, que de su Corazón emerge, que les da certeza absoluta de su estado de gracia y de estar en vías de eterna salvación. Notemos el momento preciso en que la Virgen abre sus brazos y su Corazón en raudales de luz. En la primera Aparición al decir: la Gracia de Dios os confortará. En la segunda diciendo: Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios. En la tercera al

pedir reparación por los pecados, con que es ofendido su Corazón materno. Siempre, pues, su Corazón es fuente de Gracia, de perdón y amor.

“Pero ahora el reflejo de aquella luz, prosigue Lucía, nos pareció que penetraba en la tierra, y vimos como un mar de fuego y sumergidos en él a los demonios y a las almas como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas en forma humana, que flotaban en el incendio lanzadas por las llamas, que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que por todas partes se esparcían, —como acontece con las chispas y centellas en los grandes incendios—, sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes, como negros carbones hechos brasas”.

¿Cuándo tan viva descripción del infierno, que hasta literariamente podría parangonarse ventajosamente con la de Dante, pudo salir en el curso de la historia de la pluma de una muchacha iliterata? ¿Lo hubiera podido reflejar así en el papel si no lo hubiese reflejado antes en sus propios ojos y no le hubiese quedado bien estereotipado en la memoria?

Pero sigamos el relato de la tétrica visión. Entonces Lucía, no pudiendo contener el espanto y estupor, exclamó en voz alta, acogéndose a su refugio, que tan cerca tenía ¡ay, Nuestra Señora!, ¡ay, Nuestra Señora!, lo que impresionó vivamente a los circundantes, especialmente al notar que palidecía, su cara, como también la de los otros dos niños y que los tres levantaban los ojos y las manos en alto en ademán de súplica de protección de auxilio.

Esta visión duró sólo un momento, el tiempo indispensable para que pudiera impresionarles vivamente, al comprobar a ojos vistas, los males eternos, de que nos libra la devoción verdadera al Corazón sin mancha de aquella Señora, que allí tenían en los linderos de la puertas infernales, por refugio y esperanza contra tan catastróficos y eternos sufrimientos.

Luego la Virgen prosiguió: *Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvaros quiere Dios establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os diré se salvarán muchas almas y habrá paz en el mundo.*

La guerra va a terminar, pero si no dejan de ofender a Dios comenzará otra peor en el próximo Pontificado de Pío XI. Cuando veas una noche iluminada por una luz desconocida, sepas que es la gran señal que Dios te da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de la persecución a la Iglesia y al Santo Padre.

Lucía creyó ver la señal de la proximidad de los castigos de Dios sobre el mundo en la extraordinaria luz que iluminó la noche del 24 al 25 de enero del año 1938, que los periodistas muy equivocadamente, como más tarde veremos, calificaron de aurora boreal, en exacto cumplimiento de lo profetizado en Fátima: “Cuando veas una noche iluminada por una luz *desconocida*...”.

Es de notar también que Jacinta, postrada en el lecho del dolor en 1920, repetía poco antes de expirar: “Si los hombres no se enmiendan de sus pecados Nuestra Señora enviará al mundo un castigo tan grantle, que hasta ahora no se ha visto otro igual, y antes que a los demás países a España. Grandes sufrimientos tendrá que soportar el hombre hacia el año 1940, añadía la pequeña y certera profetisa.

La persecución religiosa y la guerra civil que asolaron a España de 1936 a 1939, la conflagración mundial que luego sobrevino, la paz sin condiciones que por remate de ella se impuso contra toda moralidad a los vencidos, la guerra fría, también sin condiciones, que en merecido castigo parece haber heredado el mundo con sus frecuentes ribetes de calores bélicos acá y acullá y sus continuos peligros de una tercera explosión bélica de carácter mundial ¿qué son sino el cumplimiento de los vaticinios de Fátima o sus ulteriores corolarios?

¡Y pensar que habría sido fácil evitar tan grandes calamidades con sólo secundar los deseos manifestados por nuestra celestial Madre!

Para impedir estos males, nos dice Ella, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados.

Si atienden a mi petición, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, propagará sus errores por el mundo, promoviendo guerras, y persecuciones a la Iglesia; los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán destruidas; por fin triunfará mi Inmaculado Corazón. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y se concederá al mundo algún

tiempo de paz. ¡Cuántos viven, sin fe en tales palabras, ciegamente tranquilos!

En Portugal se conservará siempre la fe.

Esto no lo digáis a nadie. A Francisco sí podéis decírselo.

Con la visión de los suplicios eternos de los condenados y el anuncio del otro problemático infierno de la guerra, del hambre, de la destrucción de naciones, de la persecución contra la Iglesia y el Santo Padre, los niños se quedaron espantados y aturridos.

Pero, pasada aquella terrorífica y momentánea conmoción, al verse de nuevo solos con la Virgen, reanudaron su diálogo con Ella:

—*¿Queréis algo más de mí?*, le pregunta Lucía.

—*No, por hoy nada más.*

Buena y provechosa lección acababan de recibir. Ya tienen buena materia de reflexión y de mutuos coloquios para todo un mes, hasta la nueva visita de su celestial Madre, o mejor, para todo el resto de su vida. Si como ellos fuera el mundo, no hubiera guerras ni disturbios.

Terminada su maternal lección y coloquio con los afortunados videntes, se elevó, como otras veces, la celestial Señora en dirección hacia el Oriente, de donde había venido, para desaparecer en la inmensidad del cielo azul, en reiterada llamada a todo el Oriente.

Se oyó entonces, recuerda el tío Marto, una cosa como un gran trueno, a pesar de que el firmamento estaba totalmente limpio de nubes, y el arquito que se había levantado para sostener dos linternas, en torno de la encina de las Apariciones, se acudió por fuerza invisible.

Era natural que después de tales sucesos los circunstantes se abalanzaran sobre los niños, para asediarles a preguntas sobre lo por ellos visto y oído.

—*Lucía, ¿qué ha dicho Nuestra Señora?; te hemos visto muy amoratada. ¿Qué ha pasado?*

—*Es un secreto.*

—*¿Es cosa buena o mala?*

—*Para unos buena; para otros muy mala.*

—*Y ¿no dices?*

—*No; no puedo decirlo.*

—*¿Nada dicen tales respuestas?*

Manuel Marto, temiendo por su hijita, que podía resultar víctima de los atropellos y empujones del gentío, se la coloca sobre los

hombros, le pone su propio sombrero para defenderla de los rayos de un sol abrasador y a codazos se abre paso por entre la multitud, que en torno suyo se apiñaba, deseosa de saber por medio de los pastorcitos todo lo allí sucedido.

¡Ay, María Rosa!, clama a su vez Olimpia, acurrucada en su escondrijo de matorrales con la vela en una mano y la caja de cerillas entreabierta en la otra: ¡Que nos van a matar a nuestros hijos a empellones!; ¡que los están ahogando!...

Las pobres mujeres se morían allí de pena, por no poder llegar a donde ellos estaban y de miedo por si fuera todo cuestión de diabólicos artificios.

Momentos después, empero, se desvanecía felizmente su zozobra viendo a Jacinta en el aire en brazos de su padre y a los otros dos en hombros de otros buenos y fornidos aldeanos, que les hacían el mismo humanitario servicio.

Un buen señor se ofreció entonces a llevarlos a casa de sus padres en un automóvil. El tío Marto, haciéndose responsable de los tres accedió agradecido, logrando así salvar la vida de tres náufragos, que sus madres veían ya ahogados en un mar de gente, víctimas, a lo que temían, de diabólicos ardides, sin esperanza de remedio en lo humano.

X

NUEVOS FRUTOS DEL MAGISTERIO DE MARIA

Los niños siguieron pastoreando su ganado. Pero en adelante no fueron más niños. Seguirán siéndolo en el cuerpo, pero no en el espíritu. Porque habían dejado de serlo buscaban cuanto podían la soledad para darse a la reflexión de lo que habían aprendido de labios de tan buena Maestra, y para ocultarse de la gente, que los mareaba con incesantes preguntas, empeñada en arrancarles el secreto, que la sobrenatural Visión les revelara.

Solos en el monte tampoco aciertan a divertirse como antes con cantos y bailes infantiles. Ni la flauta o caramillo de Francisco, ni las voces atipladas de Lucía y Jacinta alternarán en adelante tan frecuentemente como antes con los cantos de las aves, o con los de los grillos y cigarras.

Su atención y su conversación se van todos los días tras el recuerdo de las sobrehumanas lecciones que han recibido sobre el Inmaculado Corazón de María, sobre las penas del infierno, sobre la penetrante y divina luz que del Corazón de la celestial Madre irradió hacia el suyo, sobre el espíritu de mortificación, sobre los sufrimientos de la Iglesia y del Santo Padre, sobre la conversión de los pecadores...

—¿En qué estás pensando, Jacinta?, preguntaba un día Lucía a su prima viéndola triste y meditabunda.

—Pienso en el infierno y en los pobres pecadores... ¡El infierno!, ¡el infierno!... ¡Qué pena me dan las almas que van al infierno!... ¡Y las personas vivas ardiendo como leña en aquel fuego...! Lucía, ¿por qué será que Nuestra Señora no muestra el infierno a los pecadores? Si lo vieran ya no harían más pecados para no ir a parar en aquel lugar de tormentos. ¿Por qué no le dijiste tú que mostrase el infierno a aquella gente?

—Se me olvidó.

Por nuestra parte nos permitimos creer que si esta pregunta hubiese hecho a la Reina del cielo, le hubiera podido responder que no pensaba mostrar a todos las penas del infierno, pero que sí daría al mundo una viva imagen simbólica del mismo, —un esbozo de sus eternos horrores, iluminados con la oscura luz del fuego eterno—, en la noche iluminada en amplios horizontes con ígneos colores de luz desconocida que les acababa de anunciar como señal de la proximidad del castigo de Dios de la segunda guerra mundial. Pero esta particularidad merece capítulo aparte, que hallará el lector más adelante bajo el epígrafe interrogativo de “¿una aurora boreal de mal augurio?”

Sigamos viendo ahora cómo la terrorífica luz de la noche eterna del infierno, visto y meditado por inocentes niños, guió también a su alma por sendas de virtud y perfección hacia las insondables claridades de la eternidad feliz.

¿Queréis rezar conmigo?, preguntaba Jacinta a sus compañeros. Hay que rezar mucho para impedir que caigan tantos desgraciados en el infierno.

Y los tres caían de rodillas, movidos por las palabras de la infantil pero celosa Misionera y repetían la oración que habían aprendido de labios de la divina Madre: *¡Oh Jesús, perdonadnos, libradnos del fuego del infierno; llevad al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de vuestra misericordia!*

No era sólo el corazón el que se conmovía y vibraba de emoción a la vista y al recuerdo del fuego eterno. También su mente se esforzaba por penetrar el arcano de tan negra y tormentosa noche.

—Lucía, ¿qué pecados habrá hecho aquella gente para caer en el infierno?, preguntaba ansiosa la pequeña.

—No sé, tal vez el de no ir a Misa los domingos, de robar, de proferir blasfemias, de maldecir...

—Y ¿qué les costaba estarse callados e ir a Misa? ¡Qué pena tengo por los pecadores! ¡Si yo pudiera mostrarles el infierno...! Francisco y yo nos vamos pronto al cielo. ¡Qué bien! Tú, Lucía, te quedas acá; si Nuestra Señora te deja, di a todo el mundo cómo es el infierno, para que no hagan más pecados y no vayan a parar en él. ¡Tanta gente cayendo en el infierno! ¡Tanta gente en aquel fuego!

—No tengas miedo. Tú vas al cielo.

—Ya lo sé; pero quisiera que toda aquella gente tuviese también la misma suerte.

La vida pastoril no es seguramente tan risueña como en sus églogas e idilios suelen reflejar los amigos de las musas. Andar por montes y cerros sin caminos ni senderos, rendirse de cansancio al frío soplo del cierzo en invierno, o bajo los plomizos y abrasadores rayos del sol en verano no puede ser cosa tan atractiva como a las veces parecen creer los poetas y literatos.

Di a esos grillos que se callen, gritaba un día Jacinta a su hermano en una de sus expansiones y espontaneidades infantiles. ¡Me duele tanto la cabeza por culpa de los grillos y de las cigarras...!

Pero de los labios secos de sed del chiquillo sale esta fraternal censura: ¿no quieres sufrir por los pecadores? Si tú estuvieras en la pendiente del infierno ¿no quisieras que te librasen de caer en él?

—¡Ah sí; déjales que canten cuanto quieran: cuanto más mejor.

—¡Qué sed tan abrasadora! exclamaba poco después; pero hay que sufrirla cuanto podamos por la conversión de los pecadores.

Después de aguantar dos o tres horas aquel tormento, Lucía cree que debe mirar por sus primitos y va a pedir un jarro de agua en una casa cercana.

Se la presenta luego a Francisco, y recibe de él esta respuesta: No quiero beber; quiero ofrecer la sed por la conversión de los pecadores.

—Bébela tú, Jacinta.

—También yo quiero ofrecer este sacrificio por los pecadores.

Y aquel necesario y urgente refrigerio, que tan a mano tuvieron, se vertió en el hueco de una piedra, donde las ovejitas dieron pronto buena cuenta de él.

Otras muchas veces no necesitaban ir en busca de sacrificios. Más bien parecía que eran los sacrificios los que los buscaban a ellos, para ejercitarlos en la mortificación y en el desprendimiento.

Cedamos de nuevo la palabra a Marto para que con su habitual gracejo nos exponga algún caso:

“Llegaron aquí un día unas Señoras, que venían sabe Dios de donde, muy bien vestidas y adornadas, curiosas hasta más no poder... Lo que querían era ver si daban con el secreto. Sentaban a Jacinta en las rodillas y la mareaban a preguntas. Pero ella sólo respondía lo que convenía. El secreto... ¡Eso!... ¡Ni con sacacorchos! Le hacían mil mimos y ofertas; pero en vano. Era tiempo perdido para ellas y para nosotros, que siempre le privaban a uno de su trabajo...

Otras veces era gente que sólo venía a reírse y mofarse de nosotros y de los que no saben leer ni la letra gruesa. Pero ¡cuántas veces éramos nosotros los que teníamos que reírnos de ellos! ¡Pobres, no tienen fe! ¿Cómo podían creer en apariciones? (1).

Lucía tuvo que sufrir no poco hasta por el mismo lugar de las Apariciones. Su familia poseía allí un huertecito nada despreciable. Pero en adelante con la aglomeración de miles de peregrinos y con los autos y vehículos de toda clase, que por allí circularán, no habrá más remedio que dar por definitivamente perdida aquella parcial solución del problema diario de la vida familiar.

“Mi madre, confiesa ella misma, lamentando esta pérdida, no me perdonaba: Tú en adelante cuando no tengas qué comer vas y se lo pides a la Señora...”. Aunque tal consejo no pasara de las palabras a vías de hecho, no deja de ser espinoso, sobre todo teniendo en cuenta que su padre y hermanos también sabían añadir expresiones como la que “desde ahora sólo debieras comer lo que se cultiva en Cova de Iría”, u otras por el estilo.

A todo esto se añadía frecuentemente la imposibilidad en que se encontraba la niña de custodiar el ganado, porque sus padres querían que atendiera también a los visitantes, por molestos e inoportunos que a las veces pudieran resultar. Si lo conducía al pasto alguna de sus hermanas mayores tenía que ser a costa de su

trabajo de costurera, que se veía forzada a abandonar. Por fin no hubo más solución que la más radical de vender el ganado por no poderlo atender.

Se comprende que dentro de la familia, que tardó mucho en dar fe a la verdad de las Apariciones, a estas pérdidas económicas por fuerza habían de corresponder molestias y reproches diarios para Lucía, como a causante de tales desfalcos y desastres familiares.

Y, a lo que parece, esta contradicción traspasaba a las veces los lindes familiares para desbordarse en la calle. También otras mujeres podrían atreverse a ofender e insultar a la pequeña vidente sin gran temor de ser cohibidas. ¡Quién me diera, le decía un día Jacinta, que mis padres fueran como los tuyos, para poder tener más sacrificios que ofrecer por los pecadores!

También los pequeños hallaban los suyos en su propia casa, pero por lo visto, de menor calibre. La celestial Señora, que por tales medios trataba de santificarlos, tenía que acomodar el medicamento a la capacidad del paciente, o por mejor decir, el mortificativo y providencial ropaje a la estatura del cliente. Os acusan, decía un día Olimpia a sus hijos menores, de que engaños a la gente. Muchos van a la Cova de Iría por vuestra culpa.

Pero no le faltó la oportuna, aunque comedida y filial respuesta: Nosotros a nadie obligamos a ir allá; el que quiera ir que vaya, el que no quiera que no vaya. El que no lo crea recibirá quizás su castigo del cielo, no de nosotros..., hasta la madre, si no lo cree...

También el Cielo fue para los humildes videntes buena fuente de sacrificios. Y así naturalmente había de suceder. La Iglesia y sus Ministros han de proceder con suma prudencia y cautela en su juicio y actuación siempre que se trata de nuevas revelaciones, para no exponer la Religión y el culto al ridículo y al menosprecio, aunque por este temor tampoco pueden rechazar toda novedad, exponiéndose a frustrar los planes de la Providencia en materia religiosa. De aquí que los Sacerdotes que deseaban averiguar lo que pudiera haber de verdad o de falsedad en los discutidos sucesos del día, se veían forzados a tener que preguntar una y muchas veces a los niños para ir pesando sus respuestas en la balanza de una crítica severa e imparcial.

“Nos preguntaban, cuenta Lucía, y nos volvían a preguntar. Cuando veíamos a un Padre, siempre que podíamos, corríamos a escondernos. Cuando no nos era posible nos disponíamos a ofrecer

a Dios uno de nuestros mayores sacrificios”.

Mucho dieron que sufrir a los pastorcitos sus discutidas Revelaciones. Mucho les sirvieron tales sufrimientos para adelantar en las vías del espíritu. La divina Madre se lo quiso premiar hasta con gracias extraordinarias, aparte de las del valle de Iría.

He aquí una que las Memorias de Lucía atribuyen a las oraciones de su primita en los siguientes términos: “Una tía mía, llamada Victoria, tenía un hijo, que era un verdadero pródigo. No sé por qué, hacía tiempo que había dejado su casa y nada se sabía de él. Afligida, vino un día a Aljustrel para que yo pidiera por él. Yo no estaba en casa e hizo la petición a Jacinta, quien prometió hacerlo. Pasados algunos días se presentó a pedir perdón a sus padres y luego fue a Aljustrel a contar su desgracia. Después de haber gastado lo que había robado en casa, anduvo por ahí, hecho un perdido, hasta que lo metieron en la cárcel de Torres Novas. Pasado algún tiempo, una noche logró escaparse y se metió entre montes y pinares desconocidos; pero al verse perdido en la oscuridad de una noche tormentosa no encontró otro recurso que la oración; cayó de rodillas y se puso a rezar.

Pasados unos minutos se le apareció Jacinta que le cogió de la mano y le condujo al camino que va de Alqueidao a Reguengo, indicándole que continuase por allí. Cuando amaneció se vió en el camino de Boleiros, se dio cuenta de donde estaba y se dirigió a casa de sus padres. Ahora bien, él afirma que Jacinta se le había aparecido y que la había reconocido perfectamente. Yo pregunté a Jacinta si había estado con él y me contestó que no y que no sabía dónde estaban aquellos montes y pinares. Yo no hice más que rezar y pedir mucho por él, compadeciendo a la tía Victoria, fue lo que me contestó.

¿Cómo ocurrió esto? No lo sé. Sólo Dios lo sabe. ¿No lo sabría también el ángel, añadiríamos nosotros, que a modo de sobrenatural doble, pudo actuar por ella en el bosque?

SECRETOS AL DESCUBIERTO

Hasta el año 1927 no se pudo saber todo lo que actualmente conocemos de las Apariciones de los meses de junio y julio. Los niños decían que en ellas se habían manifestado cosas secretas, que de ningún modo podían revelar. Tentados de mil maneras para que las descubrieran, jamás lo hicieron, hasta que el Señor se lo permitió a Lucía unos años después de la muerte de sus dos compañeritos de dicha.

Hoy ya es del dominio público a este respecto el documento escrito por ésta a instancias de su confesor, en el cual se expresa que, el 17 de diciembre de 1927, se dirigió a Jesús en el Sagrario, preguntándole cómo podría satisfacer el mandato del Director de su espíritu de poner por escrito algunas gracias recibidas de Dios, si entre ellas se hallan los secretos que la Santísima Virgen le había confiado.

—Escribe, hija mía, le contesta en voz clara, cuanto se te manda escribir; escribe todo aquello que la Santísima Virgen te reveló en las dos Apariciones, en que te habló de esta devoción (al Inmaculado Corazón); pero sigue callando lo restante del secreto.

Nuestros lectores ya conocen su parte manifestable desde tal fecha, que se refería a la promesa de llevarse más tarde al cielo a Lucía y pronto a los dos más pequeños, a la de querer servirse especialmente de aquélla para establecer en el mundo la devoción cordimariana; a la visión del infierno con todos sus horrores y a la promesa de librar de incurrir en ellos a los devotos del Corazón de María, al desborde de la gracia del mismo Inmaculado Corazón sobre el de los pastorcitos, a las persecuciones contra la Iglesia y el Santo Padre, al aniquilamiento político de algunas naciones, a la conservación de la fe en Portugal, a la conversión de Rusia, al final triunfo del Corazón de la Madre de Dios en el mundo, a la segunda guerra mundial y a su anuncio previo en una noche iluminada con luz desconocida, y a la guerra española, internacional pronóstico y esbozo de la internacional, que próximamente le siguió.

A la verdad, escribe Lucía, la Santísima Virgen no nos mandó callar la parte de este secreto recibida en el mes de junio, pero

sentíamos que el Señor nos movía a obrar así. Providencial designio del dador de todo bien.

A raíz de las Apariciones no estaba preparado el ánimo del público para recibir tales confidencias. Si tanta contradicción hallaron los niños en su propia casa, y lo que peor es, si tanta polvarada de sospechas y calumnias se levantó en la calle y en la prensa contra el Clero y la Iglesia sólo porque unos zagalillos decían que la Santísima Virgen les había recomendado rezar el Rosario y rogar por la conversión de los pecadores ¿qué hubiese sucedido si dijeran que ellos, pastorcitos analfabetos y de tan pocos años, estaban destinados a difundir nada menos que por todo el mundo una devoción por entonces en gran parte desconocida?; ¿qué dijera y qué hiciera María Rosa si su hija le hubiese comunicado que Nuestra Señora se había adelantado a consolarla por sus sufrimientos; que con Jacinta y su hermanito se había visto envuelta en un mar de luz, que salía del Corazón sin mancha de la Madre de Dios hacia ellos mismos hasta penetrarles en el alma; que en los planes divinos los tres, pero especialmente ella, habían de ser primordiales adalides de la devoción a su Corazón materno; que sus dos primitos, compañeros del diario pastoreo, volarían pronto al cielo, que hasta habían visto el infierno en forma de un mar de fuego con innumerables demonios y condenados...; que la Religión no se extinguiría en Portugal y que al fin hasta Rusia se convertiría a la fe para triunfo final de aquella bella Señora, que todos los meses tenían la suerte de contemplar en la vertiente de Iría? Por aquí puede verse cómo los secretos hasta hoy conocidos, confiados a los niños, se ordenaban ante todo a su propio bien dándoles mil ocasiones de ejercitarse en la virtud, pero siempre a prudencial medida, aunque su ulterior destinatario sea también todo el mundo.

Diez años más tarde, en cambio, conocidas y difundidas por todas partes estas Revelaciones, corroboradas por hechos milagrosos a la faz de todo el mundo, como también por lo menos implícitamente por la competente autoridad eclesiástica, todo ese conjunto de gracias y bellas promesas, sobre todo la de librar del infierno a todos los devotos del Inmaculado Corazón, se recibirá por el público creyente como flores de la nueva primavera cordimariana que el mundo ansía y cuyos primeros fulgores pudieran muy bien ser los que actualmente iluminan el horizonte de Fátima. Cierto que tales flores se abrirán a la vista con sus espinas de graves amenazas, pero aún éstas tendrán ahora su belleza, por verse orde-